

Año XXXIII

Madrid, Jueves 8 de Mayo de 1913.

Núm. 19.

Indignación y amargura

Los socialistas recorriendo en manifestación imponente las calles de Madrid...

Los carlistas reuniéndose en gran número en Francia á pretexto de una peregrinación á Lourdes, para ver y aclamar á D. Jaime...

¡Y nosotros, los republicanos, perdiendo el tiempo en disputas vanas, y en discutir cuál de los jefes es el Mesías verdadero!

Si no fuera por respeto á mí propio, y porque si dejara de escribir perderla la conciencia de mi personalidad, me meterla ya en un rincón ignorado á vivir de mis recuerdos, ya que dentro de poco me va á ser imposible vivir de esperanzas.

Y que esta triste situación de ánimo no es exclusivamente mía, sino que se va lentamente apoderando de espíritus bien templados, pruébanlo los dos artículos que á continuación copio: uno de *España Nueva*, periódico de la Coalición y órgano de Rodrigo Soriano, batallador incansable, y otro de *El Mercantil Valenciano*, inclinado comunmente á las soluciones de la derecha republicana, que habla á sus hombres con entera claridad y viril independencia.

Pensemos en nosotros

Desde nuestra redacción se escucha el murmullo de la gran masa obrera que pasa por la calle de Alcalá.

Parece el oleaje de un mar embravecido.

Esta manifestación de vida de las multitudes despierta en nuestra alma el recuerdo de otra gran masa nacional, de la falange republicana, de nuestros queridos correligionarios, que son legión en España.

Y pensamos, con lágrimas en los ojos, que está inactiva, recluida en sus hogares, acariciando el ideal, muda y desorientada.

No es suya la culpa; no es tampoco de aquellos de sus jefes que, por no ceder un instante en la lucha, por no admitir treguas ni contemporizaciones, han sido tachados de rebeldes é indisciplinados dentro de los llamados «elementos de orden» de la minoría parlamentaria, que tratan de ensayar procedimientos evolutivos y de atracción, vaciados en los moldes de aquel abortado «bloque», cuyo período de gestación detuvo la acción política del partido una porción de tiempo.

En los momentos actuales atravesamos por un período semejante; de nuevo dichos «elementos de orden» se han destacado de la masa republicana para explo-

rar falsos atajos, y han sembrado en ella la desorientación y la han sumido en la atonía.

Si protestar de ello es ser rebeldes, indisciplinados, nosotros protestamos con toda la fuerza de nuestros pulmones y cargamos gustosos con esos epítetos que, por muy mal que suenen, nunca sonarán ni á deserción ni á felonía.

La realidad nos ha dado la razón una porción de veces; la realidad nos la está dando ahora y nos la dará siempre.

Al triunfo del ideal no se llega más que por el camino recto á fuerza de luchas y sacrificios; no con treguas ni parlamentos.

Así lo hemos entendido nosotros, y así lo hemos hecho y lo haremos toda la vida.

En nombre de esta constancia, de esta irreductibilidad de temperamento, tenemos derecho á dirigirnos á la masa republicana y á decirle sin rodeos: tu inactividad es suicida, tu inacción significa muerte.

El instinto de conservación y el culto al ideal que llevas en la masa de la sangre porque eres leal y convencida, te obligan á tomar una determinación definitiva y rápida.

Son los momentos actuales de la política española muy críticos para dejar pasar el tiempo; amenazan á la nación graves peligros, por complicaciones de fuera; están deshechos los partidos monárquicos, y todos los organismos del Estado reflejan esta descomposición, que contamina la vida nacional; es necesario que, cuanto antes, ocupes tu puesto de combate, porque tienes que cumplir tu misión salvadora.

Republicanos españoles: vosotros podéis imponer vuestra omnímoda voluntad á vuestros jefes, porque es vuestra soberanía el principio fundamental de vuestro credo.

Si creéis que la inacción y el estancamiento es lo que conviene, en él nos sumiremos los indisciplinados y los rebeldes; tristes, pero callados, plegaremos nuestro pendón de guerra.

Pero, si decís lo contrario, decidlo pronto, porque el tiempo urge, y cada minuto que se pierda puede ser un siglo para el triunfo de nuestro ideal y para la redención de la Patria.

Todo esto hemos pensado, con lágrimas en los ojos, al oír el murmullo de la gran masa obrera que desfilaba por la calle de Alcalá, y que parecía el oleaje de un mar embravecido.

España Nueva.

1.º Mayo.

Incompatibilidad

Salvando los respetos que siempre nos han merecido y nos merecen el íntegro y prestigioso D. Gumersindo de Azcárate y el eminente tribuno D. Melquiades Alvarez, á los que profesamos entrañable, incondicional y desinteresado afecto, combatimos el llamado bloque de las izquierdas, del que ellos eran defensores entu-

siastas, y lo combatimos, poniendo nuevas arraigadísimas convicciones por encima de la admiración y del cariño que nos inspiran aquellos nombres ilustres, porque creíamos, y seguimos creyendo, sincera y honradamente, que la monarquía borbónica es y será siempre incompatible con las esencias del liberalismo y con los principios de la democracia. Porque creíamos y seguimos creyendo que fracasarían todas las tentativas para liberalizar y democratizar la Restauración saguntina. Porque creíamos y seguimos creyendo que después del estrepitoso fracaso de la *izquierda dinástica*, que tenía por bandera la Constitución de 1869, y después de la tremenda equivocación del gran Castelar, confesada públicamente por él en las postrimerías de su vida, amargadas por el remordimiento, era completamente inútil y nocivo para la causa de la República realizar nuevas tentativas.

Fracasó el bloque estrepitosamente con la tentativa de Moret, y después con Canalejas. Y mientras fracasaba el bloque, se imponía la política imperialista contra la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo español, contra la protesta de esa mayoría y contra los más altos intereses de la patria.

Como el fracaso del bloque confirmaba más y más nuestras arraigadísimas convicciones acerca de la incompatibilidad sustancial entre la democracia y la monarquía restaurada en Sagunto, combatimos con energía la política de benevolencias á Romanones, ¡á Romanones, cuya historia política no debe inspirar confianza á nadie que rinda culto á los principios de la democracia y aun á otros principios!

Nos dolía en el alma disenter de hombres tan prestigiosos como los señores Azcárate y Melquiades Alvarez; pero como creemos que sobre la mentira y la insinceridad no puede edificarse nada bueno ni duradero, obedecimos los dictados de nuestra razón, y sobreponiéndolos al afecto, ratificamos nuestras convicciones acerca de aquella incompatibilidad.

¿No han venido á demostrarlo ahora los hechos, con su elocuencia abrumadora? Esa burla que Romanones acaba de hacer á las izquierdas, ese famoso decreto *reformando* la enseñanza del Catecismo en las escuelas nacionales, ¿no pregona una vez más que los frutos de la libertad y de la democracia no pueden darse en el árbol de Sagunto?

Las fatalidades de la Historia, las tradiciones de la raza, los compromisos adquiridos, los mismos impulsos de la na-

turalidad y del instinto, el pecado de crigen y otras muchas causas establecen una incompatibilidad sustancial entre la monarquía borbónica y las reformas que constituyen hoy la aspiración de toda la España verdaderamente liberal, de todos los amantes de la democracia.

Después de la última prueba, de la última burla, no debe pensarse jamás en nuevas tentativas para transformar un régimen que debe desaparecer, porque es incompatible con el espíritu del derecho político moderno.

Caida la venda de los ojos con este último desengaño, deben acabar para siempre las benevolencias con los Gobiernos del régimen, llámense como se llamen, y las colaboraciones en toda obra de esos Gobiernos, que ha de ser siempre mala.

El Mercantil Valenciano.

Los dos artículos anteriores dicen más que cuanto pudiera decir yo en los momentos actuales, y disculpan la amargura saturada de indignación que me produce el ver al partido republicano impotente ante una monarquía que no cuenta con un sólo hombre de verdadera talla, por haber sido asesinado el uno de los dos que tenía, y haberse suicidado políticamente el otro.

JOSE NAKENS

Dos manifestaciones

Entre la grandiosa é imponente manifestación celebrada el día 1 de este mes por los obreros que aspiran á que la miseria no haga tuberculosos,

Y la celebrada el 3 por los clericales, con altarcitos, flores y músicas para reunir dinero con que curar á los que ya lo están,

Hay un abismo relleno de hipocresías, prejuicios, vanidades, crueldades é infamias, que separan completamente á las dos.

Trabajar por impedir el mal, será siempre más noble, más elevado y más viril que contribuir á causarlo y tratar de remediarlo en parte luego.

Este, sin entrar en otro orden de consideraciones, una de ellas, la de que la caridad es hoy una profesión enormemente lucrativa para muchas gentes. Ser intermediario entre el que da y el que recibe, deja una ganancia más grande y más sana que serlo entre el productor y el consumidor. ¡Y cuidado si roban estos señores!

Concretando:

La tuberculosis es efecto, no causa. Trabajemos todos por evitar la miseria, y desaparecerá en gran parte la tuberculosis.

La caridad, aun ejercida honradamente, es un paliativo, no un remedio. Y pueblo que pide á ella lo que debería demandar á la justicia, es un pueblo sin conciencia de su dignidad ni de su fuerza.

Por esto yo he estado siempre al lado de los que trabajan por aminorar la injusticia, y no de los que ayudan indirectamente á que se perpetue apuntalándola con la caridad.

La Constitución vigente que no rige

¿De quién podemos infortunarnos acerca de lo ocurrido con el coronel de la Armada, Sr. Labrador? De *La Epoca*, que dedica al asunto estas líneas:

«Discurren los periódicos de la izquierda sobre el caso del coronel de la Armada señor Labrador, que ha sido arrestado por negarse á oír la Misa del Espíritu Santo antes de presidir un Consejo de guerra.

«En el terreno doctrinal, puede decirse y argumentarse cuanto se quiera. En el terreno legal no puede procederse así, porque hay un artículo, el 903 de la ley de organización y atribuciones de los Tribunales de la Armada, y en el que terminantemente se prescribe que «antes de comenzar la vista del proceso los jueces oirán la Misa del Espíritu Santo, é inmediatamente pasarán al lugar donde se haya de celebrar el Consejo». Como se ve, el precepto es rotundo, imperativo, y no cabe eludirle.

«Pero... ¡triste sino el de los liberales! Son los autores de la ley de jurisdicciones y del Código de Justicia militar, tan encarnizadamente combatidos por las izquierdas. Y resulta que lo son también de la ley de Tribunales de Marina, que exige se oiga la Misa de Espíritu Santo.

«Esa ley fué promulgada en 10 de Noviembre de 1894, siendo ministro de Marina D. Manuel Pasquín, en un Gobierno que presidía el Sr. Sagasta.

«¡Pobres liberales! ¡Cuidado que tienen desgracia!»

España Nueva responde á *La Epoca* con esta pregunta:

«¿Pero acaso en España ha habido algún partido liberal?»

Los hechos contestan al colega.

Lo que resulta es lo siguiente:

Que el artículo 12 de la Constitución que dice: «nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas... salvo el respeto debido á la moral cristiana», está todavía sin cumplir. Los primeros rebeldes son los autores de las leyes anticonstitucionales, que juraron guardar la Constitución.

Esta es la mejor recomendación del sistema monárquico que lleva cobrados cuarenta mil millones con el compromiso de hacer cumplir la Constitución, de la cual vive y por la cual cobra.

Lo de siempre: ¡la brutalidad de la ley!... Con la ley mataron á Cristo Dios los que ahora adoran á Cristo y siguen invocando el imperio de la ley.

¡Triste sino el de los españoles!

Mir y los jesuitas

EL NUDO GORDIANO DE LA COMPAÑIA

Han pasado trescientos trece años del hecho, y todavía no ha perdido su actualidad palpitante. Esta actualidad son los jesuitas, que ciertamente están palpitando aún y hacen palpar con terribles sacudidas el seno de los pueblos que les dan al bergue y en especial el de nuestra misérrima España.

¿Quieres conocer, lector, el origen y mo-

mento de engendro de este jesuita que pasa por tu lado y de este jesuita no que no te deja vivir? No es hijo del siglo xx, ni del xix, ni del xviii. Estos siglos apenas han hecho mella en él.

Allá, en 1540-1543, y en Roma, entre el hormigueo de las siete mil rameras públicas y las innumerables concubinas y rameras clandestinas; por entre los corrillos de frailes sátiros, de prelados adúlteros, de nobles bandidos y de curiales encanallados, allá debes ir á buscar el origen del jesuitismo, en cuya concepción macabra tomaron parte como hembras todas las concupiscencias, y como machos todos los pecados capitales.

Mir ha sacado la fotografía y exhibe al público, en su libro, este momento de copulación horrible de los *elementos padres* de la secta, con la *gran ramera* papal, que había de ser misterio incomprensible para todo el mundo hasta que se averiguase este origen. Ahí está el «nudo gordiano» de la historia de la Compañía, y la lente á cuyo través se ve en perfecto colorido y en su propia fisonomía el espíritu del jesuita, arrebujado en los tupidos manteos. Si Mir no prestase al mundo otro servicio, podría darnos por pagados con traernos este documento, sacado de los arcanos de la Historia.

..

He aquí un esbozo de este coito terrible. Hacía ya dos años ó más que los jesuitas huidos de España y de Francia, habían decidido acudir á Roma á probar fortuna. No hallaban asío seguro para sus personas, ni para su secta. Donde quiera que fuesen, al poco tiempo tenían concitado sobre ellos el ojo público y el ojo de la policía.

Mir no nos ha explicado estas angustias de la secta: ni siquiera las ha barruntado. El no nos dice cómo la secta se formó en Portugal y en España ni con qué clase de elementos; ni cómo hubo de huir á París; ni cómo hubo de huir de Francia, hacia Venecia; ni cómo en Venecia cambió el rumbo de J. rusalén á donde simulaban ir, para infiltrarse en el bullicio romano con gran secreto y disimulo, por parejas sueltas, y distanciadas, tentando antes el suelo y explorando el terreno.

De esta etapa nada sabe Mir, ni de las gentes que formaban á esta sazón el cuadro jesuítico; pero ha tenido habilidad para sorprender á los jefes de la secta en los momentos más críticos y más ocultos, en el acto de mayor intimidad, en el momento en que la secta secreta pasa á ser congregación oficial de la Iglesia.

Dos años llevaban en busca de este reconocimiento oficial. Y Mir ha sabido hallar la clave de los jesuitas en la psicología vulgar de una cuadrilla de bandidos juramentados que, cansada de ser perseguida decide, sin renunciar á sus proyectos y artes, ofrecerse al gobierno para servirle de policía y apoderarse de la Jefatura, desde donde, y con la patente de policías seguir practicando sus artes, Mir, que nada de estos preparativos investiga, quedó como quien ve visiones y salió alarmado al público al descubrir este documento, que clava en el pico de su pluma como en punta de lanza, paseándolo por todas las páginas de su obra.

El hecho fué como sigue.

Acababa de dar el Papa Paulo III la co-diciada y solicitada Bula de aprobación á la cuadrilla que le ofrecía sus servicios en plan bien meditado. El Papa había puesto ciertas adiciones, que estorbaban los pro-

yectos sectarios de la cuadrilla. Esta se hallaba en el dilema de haber de renunciar al *puesto policiaco*, cayendo de nuevo en banda de sospechosos, ó de jurar el cargo tal y como se les planteaba.

Y he aquí que se juntan y buscan la *fórmula* para continuar sus planes sectarios, y para aceptar el nuevo oficio. Esta fórmula fué el siguiente juramento, pacto, conjura ó complot:

«Queremos que la Bula sea reformada, quitando ó poniendo, ó confirmando ó alterando cerca de las cosas en ella contenidas, según que mejor nos parecerá, y con estas condiciones queremos y entendemos de hacer voto de guardar la Bula.» Y firman los cabezas de la secta «Inigo, Broet, Salmérón, Lainez, Jayo y Coduri.»

Después de tomado este acuerdo el 4 de Marzo de 1541, preséntanse al Papa haciendo voto, ocultando esta salvedad y reserva intencional, con un perjurio solemne; el Papa bendice sus votos reputados sinceros y francos, y ellos utilizan la bendición papal dada á la supuesta sinceridad, para la ejecución de sus perfidias ocultas al Pontífice.

Mir, á la vista del documento, se espanta de su hallazgo. ¡La Compañía de Jesús, perjura á la misma Santa Sede en el acto de ser concebida! ¡La Compañía, logrando con un perjurio y con una perfidia el ser reconocida como hija de la Iglesia y el ser apadrinada del Papa!...

Y con esta visión terrible pasa á escribir toda su obra á partir de este momento, descubriendo nuevas anomalías y extrañezas y adquiriendo mil dudas, que nunca se acaba de explicar, volviéndose casi loco él y volviendo locos á los lectores.

II

He aquí el punto flaco y el error de perspectiva de la obra, en toda su parte crítica y analítica.

Mir parte de este punto de mira del año 1540-1541, no dando importancia á los tiempos precedentes. Supone erróneamente que la Compañía nace allí y entonces: y si bien da somera cuenta de la *jura* de Montmartre en 1534 y 1536, no hace de ella el debido mérito, considera estos hechos como de poca monta, y aún elimina como totalmente deleznales las *conjuras* de Medina del Campo en 1528, las de Alcalá en 1526 y las de Barcelona en 1525.

Sin embargo, el que quiera penetrar debidamente los *orígenes* del jesuitismo, inútilmente los buscará en Roma en 1540, en donde, y cuando la secta había llegado ya á un desarrollo muy notable, á una cohesión muy vigorosa y á una organización muy complicada en veinte años de gestación.

Tenían ya á la sazón un cuerpo de *estrepajosos* de ambos sexos, que Mir hace deslizar parcialmente en su libro (tomo I. pág. 214 y 215). Al embobado Cardenal Contarini, veneciano; al Dr. Pedro Ortiz, al embajador portugués Pedro Mascareñas; á la bastarda de Carlos V, Margarita de Austria, al cardenal de dieciocho años, Alejandro Farnesio, y por fin, al acaudalado clérigo romano Codonio.

Margarita de Austria era cuñada del cardenalito: y éste y su hermano, el marido de Margarita, eran hijos *naturales* de Pedro Luis Farnesio, hijo bastardo del Papa Paulo III.

Estas, pues, fueron las llaves con que el jesuitismo abrió las puertas del Vaticano: los bastardos de papas y de reyes, á cuya sección se unió el otro engendro del cruce-

miento de ambas bastardías, el Francisco Borja, en quien se fusionaban las sangres bastardas de Alejandro VI y de los Reyes Católicos.

Sabemos ya cual fué la llave del Vaticano: los bastardos.

Busquemos ahora la llave que sirvió á los jesuitas para llegar á los bastardos catos.

Mir cita á Mascareñas, el embajador, en este pasaje; y si le hubiese seguido la pista, habría encontrado que la amistad le venía por su parienta (no ha logrado averiguar el grado) Leonor Mascareñas, á quien los jesuitas atribuyen parte principalísima en la defensa de Ignacio ante la Inquisición española en 1527, juntamente con doña Teresa Enriquez, madre del Duque de Maqueda.

Ahora bien: esta doña Teresa, era hija bastarda del Almirante de Castilla; y Leonor Mascareñas, cuya filiación no he podido puntualizar, era mujer de Bernardino Pimentel, y entrambos eran *alumbrados* de los de la Beata Francisca Hernández.

El doctor Pedro Ortiz era judío, rival del doctor Vergara corresponsal de Erasmo y de Luis Vives. Y hermano de Ortiz era Fray Francisco Ortiz, director espiritual del almirante y campeón estrepitoso de la beata Francisca, con quien y por quien fué encarcelado.

Ignorante Mir de estas interioridades, incurre en algunas trabacuentas cuando trata de *inigos* y de *alumbrados*, de los Vergara y de los Ortiz y de cosas á ellos atañentes.

III

De haber seguido la pista á todos estos sujetos repasando el camino que llevaban recorrido al llegar á Roma en 1540, les habría encontrado en Venecia en 1536 *conjurándose* allá con los Egúía, recién escapado de la Inquisición uno de ellos, y llevados las historias de haber sido quemado vivo Juan de Lucena, cuyo hermano Gaspar sufrió dos tormentos; su hermana Catalina pasó largos meses de cárcel, y todos se vieron confiscados. De estos Lucena hablánnos los jesuitas. Dícnos que Juan era el padrino público de Ignacio. Había más: éste pasaba como criado de Lucena. Y además eran hermanos de Beatriz Ramírez, la gran amiga de Ignacio en 1526 y la fundadora del colegio de Alcalá en 1546. Todos ellos judíos también de raza.

Y repasando el camino desde Venecia á París, habría visto Mir cómo fueron afluendo al *hnyendo* de la Inquisición de España, Miona, confesor de Ignacio en Alcalá, en cuya celda se tenían los conventículos y ejercicios que luego Ignacio siguió en el Colegio de Santa Bárbara, en París y con los mismos procedimientos. Allí acudía Mosen Pascual, hermano de Inés, la supuesta manresana (1) alocada por Ignacio por causa de cuya amistad hubo de huir de la ciudad; allí acudía Simón Rodríguez, sobre quien andaba ras treando también la Inquisición de Toledo; allí acudía Fabro, huido secretamente de Alcalá donde era llamado Juan (después se llamó Pedro); allí acudía con su pipiolo Salmérón, Lainez, judío de parte de madre, y cuya abuela fué puesta en el potro de la Inquisición teniendo el nieto doce años; allí acudió Bobadilla, judío también; y, para acabar, allí acudió Diego de Cace-

(1) No era oriunda de Manresa, sino de Medina del Campo.

res, capellán de la Inquisición de Toledo cuando la causa de Ignacio y de Egúía. Patriarca de la Compañía en Francia, condenado por espía y traidor al Rey de los Franceses, al Emperador y al Rey de Inglaterra, á quienes se vendió sucesivamente.

Los mismos que se juramentaron en Roma en 1540, son los que se juramentan en Venecia en 1537 y en París en 1534, y en Alcalá en 1526, que es donde los cronistas oficiales dicen estar la verdadera cuna de la Compañía.

IV

Mas en París agrégase á la Compañía un sujeto muy singular para quien Mir no halla elogios bastantes, como tampoco los halla para el Borja.

Trátase de Francisco Javier, el santo de las Indias portuguesas.

¿Quién era este personaje?

Según los parisienses, era un regente de colegio, hinchado de vanidad y lleno de boato, derrochador de grandes sumas en el fausto aparatoso. Tal afirman los testigos de vista de allá.

En cambio, por los papeles del propio Xavier, sabemos que parte de ese dinero que derrochaba, lo recibía de Ignacio, de quien nos dicen que vivía de limosna, pero no nos cuentan que manejaba muchos fondos.

¿Qué espíritu llevaba Xavier? ¿Por qué estaba en París?

Cuestiones son éstas que nadie se ha propuesto todavía, y que, sin embargo, son muy interesantes.

Los Xavier habían huido á París á raíz de la guerra llamada de los Comuneros, de quienes fueron alma y nervio en Navarra los del linaje.

El padre de Francisco había caído preso de los imperiales; y en la cárcel habría muerto envenenado según se creyó, al igual que murió su compañero Medrano, si no hubiese acertado á huir disfrazado de mujer, salvando la frontera y refugiándose en Francia, quedando condenado á muerte y confiscación de bienes, él y otros varios parientes, como reos de esa majestad contra el emperador y en favor de los pretendientes de Navarra, cuya corte era al propio tiempo asilo del naciente protestantismo.

Cuánto había de influir en el ánimo del hijo la odisea tremenda del padre y de sus hermanos, inútil es decirlo.

Xavier llevaba, pues, este espíritu de *hijo de condenado al patíbulo*.

Y al tratar de ligarse con Ignacio, cosa rara y singular, lo primero que hace es sacar de Navarra la ejecutoria de nobleza y de limpieza de sangre (1531-1535) con cuyo documento acude luego á Venecia.

No hemos podido puntualizar los linajes de los dos ó tres extranjeros que se suman en París á los *inigos*, pero no pudieron influir en modificar el carácter general de estos otros.

Así como Xavier se junta en París, apenas establecidos en Roma se suman á los jesuitas varios emigrados de los comuneros de Castilla, siendo el principal Francisco Zapata, condenado también á muerte y exceptuado del perdón del Emperador.

Y pues los límites de un artículo no consienten proseguir la lista, la cortamos aquí, bastando para nuestro objeto la categoría principalísima que los susodichos tuvieron en la Compañía de Jesús y en su

fundación, debiendo añadir solamente la avalancha que luego irrumpió en la secta, con los discípulos del maestro Avila, moriscos casi todos ellos, y por ende avizorados de tales por la Inquisición; irrupción que, si bien se realizó materialmente mucho tiempo después, tuvo su principio en las amistades secretas de Iñacio con Juan de Avila trabadas en Alcalá en 1526,

V

Y he aquí la gran novedad.

De lo dicho se infiere por modo claro é indubitab'e, que los gérmenes que en Roma se presentaron desarrollados y vigorosos en 1549 venían de muy atrás y que el espíritu resuante de la fusión de los dos ellos era el más sorprendente, á saber:

Judíos, moriscos bastardos, reos políticos, excomulgados y alumbrados: todos ellos PATIBULARIOS por sus propios actos ó por sus ascendientes ó descendientes.

¿Cuál espíritu llevaba por su parte Iñacio, omitido intencionadamente en esta revista? Sus apologistas nos lo cuentan. Llevaba á cuestras *nube procesos judiciales*, apaleamientos sin cuento, huidas penosísimas, y veinte años ¡se dice pronto! de vida errante y fugitiva, «sin osar decir quién era, ni de dónde venía, ni de qué vivía, ni á dónde iba».

Quítense, ahora, de la fundación de la secta esos elementos terribles y realmente terroríficos, y véase que nada resta.

VI

A vista de estos datos, absolutamente ciertos, examínese con imparcialidad el criterio éico del tiempo en lo político y religioso, y tendremos ahí condensada toda la hampa social de la época, mejor dicho, los *hampones* ó reyes del hampa.

Porque como hampa reputaba el catolicismo el ser morisco ó judío, relajados ambos á la bafa pública con los remoqueles de *marranos y perros judíos*.

Como hampa fué reputado y perseguido el comunismo y el programa político de los comuneros; como hampa de la moral eclesiástica eran calificados los hijos bastardos de los señores y los hijos sacrilegos de los Prelados y Abades, expulsados del derecho civil y de la legitimidad.

La Compañía, pues, por virtud de esos elementos constitutivos, venía á ser el conglomerado de todas estas hampas arrojadas fuera de la ley, unos por la propia sangre, otros por la honradez política y otros por su celo religioso.

Hombres patibularios, que nacieron entre patibulos y vivieron atibados ó engrillonados y que á su rededor vieron solamente horcas, degüellos, potros y esbirros; que hallaron como ley vigente para ellos la infamia y la muerte; como religión, la sospecha y el odio; como patria la expulsión y el destierro; ¿qué espíritu iban á tener? ¿qué ley iban á imponerse? ¿qué *sociedad* habían de formar en defensa contra la sociedad organizada?

He aquí lo que Mir no se explicaba; el perjurio y perfidia de la secta que venía de muy lejos y muy experta ya, y que en Roma sólo añade un accidente á su vida: la secta *secreta* de Alcalá, sigue en París totalmente secreta; sigue en Venecia también secreta; y al pasar á Roma retiene su secreto para sí y acepta el sello canónico como necesidad vital, obligándose á ser una cosa en público y para los demás, y

otra cosa dentro de la familia y para sí mismos.

Sin la sanción del Papa vivieron veinte años; esta sanción, no afecta á su esencia, sino que es un instrumento; si faltase la sanción, no por esto la secta desaparecería como no desapareció con la condena de Clemente XIV. No es la sanción la que les engendra y hace vivir, ni el voto público, sino su *voto* y su *pacto secreto*.

Serán legalistas, si la ley les aprovecha: revolucionarios, si les perjudica. Moros con los moros, judíos con el judío, patibulario con el patibulario, inquisidor con el inquisidor, hereje con el hereje, á nadie pedirá más fe y más moral que esta: *me eres útil, te solicito; me estorbas, te aplasto*.

Y esto lo d'rán á papas, reyes, órdenes, pueblos é individuos, sin excepción de amor ni de odio.

Tal es el *nulo gordiano* de la secta, que la crítica había visto funcionar y que Mir ha sorprendido en su confección. Lo que antes era una deducción del análisis crítico, ahora es un hecho histórico documental. Mir no comprendía el cómo de ese hecho: aquí queda explicado.

S. PEY ORDEIX

Internacionalismo bienhechor

Del genial, ilustrado y enérgico Zardo Olivares, es la siguiente idea que me comunica en tarjeta postal:

«Me importa decirle, que he solicitado del Presidente de la República Francesa la amnistía de los *Cheminots* (3.000) que aún vagan fuera de las Compañías y promesa de reponerlos el Gobierno.

Ellos, por su parte, van á pedir al Monarca y al conde de Romanones cuando vayan á París la amnistía de los procesados, penados y extrañados políticos y sociales españoles, al ratificarse el tratado en París... *Do ut des*».

Tan hermosa y clara es la idea, que se hace por sí misma el encomio.

Por esto, lo único que aquí cabe, es desear su realización, y felicitar al autor de ella.

Luis Morote

Ha muerto este gran periodista, este espíritu elevado y este hombre bueno, sorprendiendo á todos cuantos amigos creíamos que entraba ahora en la plenitud de su vida, llamada á consumir cosas grandes.

Enamorado de la Belleza, de la Verdad y de la Justicia, puso en defenderlas su talento político, su carácter elástico y su actividad infatigable.

Con él la causa de la libertad pierde uno de sus mejores apóstoles y España uno de los hijos que la honraban.

Los anticlericales pierden uno de los hombres-modelos, que supieron llevar á la práctica sus convicciones. Su frase: «tengo el honor de no ser católico», pronuncia la últimamente, dice cuán firmes eran. Con ella queda retratada la valentía de este espíritu que supo sacrificar á su integridad de conciencia toda suerte de ambiciones.

Pudo haber sido muchas cosas en el mundo oficial, y á todo renunció para conservar el raro y costoso título de «convencido».

Profanación del cadáver

Así, como suena. La Iglesia llama *profanación del cadáver* al acto de usurparle uno de persona que fué creyente en ella y que pereció en su comunión.

En reciprocidad debe considerarse profanación y llamarse así con todas sus letras, al acto de la Iglesia de enterrar en el cementerio católico á uno que tenía como deshonoroso este título.

Porque Morote, sobre todos los anticlericales habidos y por haber, condensó sus ideas religiosas en una frase genial y feliz de su invención:

«Soy enemigo personal de Cristo».

Esta frase, dicha no en momento de arrebató, si no en todos los tonos, desde el trágico al festivo, da á Morote, además del tono anticlerical, el de una serenidad de conciencia imperturbable, firme, irrevocable y permanente.

En su vida religiosa, de propagandista público como de jefe de familia, ha realzada esta doctrina...

¿Cómo hay quien se atreva á escarnecer su personalidad doctrinal, *arrastrándole* el cementerio católico que execraba?

¿Cómo hay párroco ni obispo que autorice además la flagrante y escandalosa transgresión de los cánones?

Morote se levantaría del sepulcro para no ir del brazo de Nocedal, como éste huirla de la compañía de Morote.

A lo que se vé, ya no hay seriedad en la Jerarquía eclesiástica, ni moral familiar en los hogares españoles.

Por esto debe darse notoriedad á la siguiente:

Protesta

Los abajo firmados, tan amigos, tan incondicionales, tan admiradores del inolvidable Luis Morote, gloria de la Prensa española, como amantes de la libertad del pensamiento y enemigos de las intromisiones clericales en las ceremonias fúnebres, dedicadas á aquellos que, si las vieses, las rechazarían y se sentirían ofendidos en lo más íntimo de su alma, emancipada de exclusivismos religiosos y ritos caducos; convencidos de que el referido D. Luis Morote, francamente, era uno de aquellos, pues así lo ha expresado en las demostraciones filosóficas y religiosas de su vida, y muy especialmente en el último mitin que se celebró en Madrid en defensa de la libertad de conciencia y en el cual tomó parte Morote con entusiasmo, en representación de los israelitas, haciendo declaraciones que no podían dejar duda á nadie de las ansias de libertad, del odio contra la intolerancia religiosa, contra las prácticas católicas que alentaba aquel espíritu digno, por su sutileza de pensar, por su erudición, por su grandeza, por su bondad, del cariño de todos los hombres de corazón; protestamos de que,

Por exigencias ridículas, en las que, como siempre, juegan intereses mezquinos, se entierre a Luis Morote en el cementerio católico; cada vez que si como excomulgado, como hereje, como anticatólico, como francmasón no puede ser admitido, en modo alguno, en tierra rociada por la piedad católica, como hombre, como liberal, como emancipado de la intolerancia religiosa, como grande de espíritu, como fuerte de conciencia, no ha de ser para él la tierra católica su última morada.

Engenio Moriones, Antonio Asenjo, Santiago Oria, Manuel Hilario Ayuso, Ricardo Fuente, Arturo Mori, Rafael Urbanc, Miguel Rey, Juan Relinque, A. Felid y Velasco, Manuel Núñez Arenas, Antonio López Baeza, Juan A. Meliá, Roberto Castrovido, Mariano García Cortés, Francisco Rodríguez Besteiro, Emigdio Tato y Amat, Enrique Barea, Enrique Jaramillo, Francisco Escola, Juan Catena, Exoristo Salmerón, José Salmerón, Rafael Lerma, Ramón Martínez Sol, Antonio de la Villa, Isidro Oria, Manuel Iglesias, Guillermo S. Ríos, Mingo Revulgo, Vicente Ballester Soto, José L. Barberá, Juliano Artigas, Emilio Goyane, Carlos M. Cortaza, Félix Gordon Ordeix, Isidro Amorós, Antonio Fernández, Santiago Arimón, Alejo García Góngora, Enrique Trompeta y Eduardo Rosón.

En fin: la Iglesia se lleva un cadáver, que en su cementerio no recibirá más que insultos de los fieles.

La causa de la impiedad se queda con su espíritu, con sus ideas, con sus sentimientos, con su labor.

Los testamentarios regalan a la Iglesia unos huesos que pronto se reducirán a polvo. Su alma inmortal, ó sea el elemento fundante de su actividad, se queda entre nosotros.

De "Tierra Gallega"

Con la marcha de Lacierva, ha entrado en Coruña otra vez en su vida normal.

Fué necesario que él desapareciese, para que la característica ordinaria de este buen pueblo nuestro, el más pacífico de los pueblos, se restableciese consolidando y reafirmando su tranquilo vivir.

No ha sido nuestra actitud del carácter puramente personal que algunos han querido atribuirle. Ha revestido ella una importancia mucho mayor y de más honda trascendencia.

La protesta viril, enérgica, que aquí hemos formulado contra el funesto mantenimiento de la política que representa el señor Maura, alcanza de igual modo á cuantos elementos integran el partido liberal conservador, en lo que ellos tienen de amparadores de esos torpes sistemas con que los referidos elementos señalaron la etapa última de su mando peligroso, sanguinario y cruel.

Y así debe de ser, para que la manifestación pública de los sentimientos del pueblo no se confunda con el hecho insignificante que supone y representa la acción individual de hombres como Lacierva que, á la postre, desposeídos de la personali-

dad política que sus mismos partidarios les confieren, nada son y nada representan por sus méritos propios, en el concierto de la política general.

Al silbar á Lacierva, hemos condenado toda la acción política futura de un partido que, en opinión del país, no puede volver á gobernar.

Hemos protestado contra el credo tiránico de esas clases endiosadas que pretenden adueñarse del mando para dificultar y contener los avances naturales del verbo democrático en que se originan todos los principios públicos del derecho común y de la verdadera libertad.

¿Lo entenderán así aquellos mismos contra quienes nuestras protestas se dirigen?

Allá ellos si lo entendieran de otro modo. Por nuestra parte, cumplimos como buenos, declarando noblemente que en los actos realizados contra D. Juan Lacierva, hay algo mucho más hondo, mucho más trascendente que el sencillísimo acto de la protesta personal.

Lacierva es, a los efectos de la viril protesta que contra él hemos hecho en la Coruña, la representación de un partido que por decreto sano y razonable del pueblo liberal, no puede, dígalo quien lo dijere, volver á regodearse en el beneficio que procura el actual régimen á quienes él confiere su representación en el poder.

Milagro burdo

Al *Diario de la Marina*, de la Habana, le escribe su correspondiente de Concepción, que en un pueblo pequeño situado á 216 kilómetros de Santa Fe de Bogotá, ocurrió lo siguiente el 6 de Diciembre (no dice de qué año).

Estando expuesto el Santísimo y predicando un jesuita, desapareció de la custodia la hostia, siendo reemplazada por una imagen del Corazón de Jesús.

El primero que advirtió el milagro fué el cura, quien se lo comunicó á un franciscano, y los dos le endosaron la noticia á los fieles.

Estos, como es natural, admirados, estupefactos, patidifusos, cayeron de rodillas, casi sin conocimiento alguno; y como la fe es ciega, cada cual vió el milagro de modo diferente.

Muchos advirtieron una imagen del divino rostro, con dos gotas de sangre en la frente.

Otros, que la imagen se fué poco á poco convirtiendo en el Sagrado Corazón.

Otros, que Jesús vestía de túnica y tenía el corazón sobre ella.

Otros, que estaba representado de medio cuerpo arriba.

Otros, que la imagen estaba entera, aunque muy pequeña.

Otros juraban que la veían agitarse y mover los ojos.

Todo esto, claro es, á la distancia que el jesuita, el fraile, y el cura les permitían acercarse.

Cuando intentaron verla más cerca el cura cubrió la custodia y los fieles tuvieron que retirarse un gran trecho.

Y al poco rato descubrióse la custodia nuevamente, y apareció la hostia lo mis-

mo que estaba antes del prodigio... cinematográfico.

Cuando se porgin de acuerdo sobre el milagro todos los que se hallaban presentes, decidí si debo aconsejar á los que aquí se dedican á fabricarlo, que procuren hacerlo con más perfección y limpieza que aquellos de Bogotá.

Pues, aunque no mucho, estamos algo más civilizados que los ilustres zopencos de aquel pequeño pueblo perdido en el interior de Colombia.

EL PADRE MIR

Intimididades y sorpresas

Una entrevista con Pey Ordeix

El padre Mir y Pey Ordeix

Hace algunos años, muchos años, el señor Pey Ordeix, erigido y en propagandista anticlerical, conversaba con el poeta de los poetas, moén Jacinto Verdguer, sobre asuntos de criterio religioso, cuando se presentó el padre Mir, que iba en busca de Verdguer.

Entonces—me dijo Pey, con quien he estado hablando más de una hora—conoci al padre Mir: Verdguer me lo presentó. Qué hermoso rato pasamos los tres! Se habló de todo; de crítica religiosa, de ortodoxia católica...

La amistad entre el padre Mir y nuestro querido amigo el Sr. Pey Ordeix, fué cada vez más estrecha. Llegaron á ser, los dos, el uno para el otro.

El Sr. Pey Ordeix se había separado del rito católico; había comenzado en Barcelona aquella famosa campaña que le dió á conocer como luchador, aquella campaña cristalizada en dramas, en novelas, en artículos periodísticos, en mítines que sobresaltaban á la opinión. Sin embargo, ni Verdguer ni el padre Mir, consideraron enojosa la amistad con Pey. Claro es que, sobre todo para el padre Mir, resultaban algo peligrosas sus relaciones con Pey Ordeix. Pero ni uno ni otro demostró el más mínimo escrúpulo. Sin alardes, sin indiscreciones, lejos de torcer su amistad, la afianzaron con entusiasmo, conviniendo, los tres en que hay mucho malo, mucho que arreglar en el mundo clerical.

En aquél entonces el padre Mir no era ninguna notabilidad literaria. Lo fué después, gracias á su democracia religiosa, á su criterio amplísimo, á su facultad de discernir, á su sagacidad verdaderamente extraordinaria.

Un libro del padre Mir

El padre Mir escribió un libro: este libro se titulaba: *Crisis de la Compañía de Jesús*. El título lo explica todo. No se trataba de un libro francamente católico, ni de un libro piadoso. Ya hablaremos luego de la piedad del padre Mir. Se trataba de un libro de crítica durísima, hecho con ánimo de pintar al desnudo á los jesuitas.

El libro estaba á punto de editarse, cuando el Sr. Pey Ordeix tuvo de él conocimiento.

Pero el padre Mir no se decidía. Ello entrañaba, para él, una inmensa responsabilidad. Representaba la comunión, la anulación del único medio de vida con que el padre Mir contaba.

Pey Ordeix estaba en una situación distinta. Había tenido, quizá, más fuerza de voluntad que el padre Mir. Fuerza de voluntad que llegó hasta el punto de decidir se el primero á apadrinar con su firma la obra que tan á conciencia había escrito el padre Mir, y que no se atrevía éste á publicar con su nombre.

La *Crisis de la Compañía de Jesús*, pues, aunque está firmada por el Sr. Pey Ordeix se debe á la pluma del padre Mir, cuyo nombre es hoy objeto de empeñadas controversias.

En 1906 se hizo otra edición de esta obra pero ya con el título de *Historia de la Compañía de Jesús*, ampliación de la primera, edición cuya existencia niegan ahora los herederos, quienes, para dar un golpe de efecto, han recurrido contra el libro ante el Juzgado.

El conflicto

Muerto el Padre Mir, y al ponerse á la venta la obra *Historia de la Compañía de Jesús*, estalló el conflicto. La autoridad judicial, á instancia de parte, suprimió la venta del libro, y á renglón seguido menudearon las cartas, los comentarios, las exclamaciones, las fantasías.

D.^a Juana Casanova, sobrina del padre Mir, es declarada *ab intestato* heredera del mismo, quedando descartada la existencia del padre Juan Mir, hermano de nuestro ilustre protagonista, por el hecho de pertenecer este á una comunidad religiosa. Y la referida sobrina, excitada no sabemos por quién, llena una instancia dirigida al Juzgado, y la venta de la ya famosa obra se suspende con la más enérgica protesta de la generalidad de los ciudadanos que se preocupan de estas cuestiones de extraordinario interés social.

El Juzgado ha instruido las diligencias sucesivas á la denuncia con verdadera actividad. Han desafiado ante él todos los amigos, conocidos y comentaristas del padre Mir.

El caso está en resolver estos dos puntos: saber si el editor que ha dado á luz la obra tenía derecho á publicarla, y á quién pertenece la propiedad de la misma...

Los herederos pretenden hacer constar que la propiedad es suya. En cambio, el editor dice que la obra es ya del dominio público.

Esto último no ha sido rebatido, según se me ha dicho, por alguno de los testigos que han declarado ante el juez encargado de instruir el proceso.

Fundamento alegado por aquellos testigos, el siguiente: la obra no se ha publicado hasta ahora, aunque estuviese escrita desde hace algunos años, y aunque se hubiese publicado con el título de *CRISIS DE LA COMPAÑIA DE JESUS*, y firmada por el Sr. Pey Ordeix, como se ha dicho anteriormente.

Esto es capcioso, francamente capcioso. Tiene más razón el editor que la sobrina del padre Mir. La obra es del dominio público. En *Historia de la Compañía de Jesús* se publicó en 1901 con el título de *Crisis de la Compañía de Jesús*, y en 1906 con el título con que se ha publicado ahora.

Lo que dice Pey Ordeix

—Alegan los herederos del padre Mir—me dejó Pey Ordeix—que aquél quería que su obra se sometiese á la censura eclesiástica, y no habiéndola la autoridad eclesiástica aprobado, no la quiso el padre Mir publicar.

Esto, naturalmente, queda destruido ante la declaración de que varias personas, y entre ellas, poseemos ejemplares del libro, regalados por el mismo autor. ¿Hace falta decir más?

También—añadió el Sr. Pey—he puesto á la disposición del Juzgado originales y pruebas de imprenta de la obra, así como la correspondencia que, á propósito de la misma, poseo.

Además, el padre Mir no pensaba reservarse la propiedad para los efectos metálicos, por cuanto echóse la edición á la calle sin pactos de ningún género.

—Pero, ¿usted cree—pregunté á Pey—que al padre Mir le preocupaba la censura?

—No; no le preocupaba. Prescindía de ella, pues la edición de 1906 salió sin censura. A bien que no se publicaron más que unos cuantos ejemplares para los amigos... En las conversaciones que tuvo conmigo, me dijo el padre Mir que tenía verdaderos deseos de que la obra se publicase, con ó sin censura. Esto pinta, á grandes rasgos, el carácter del padre Mir, su independencia de criterio.

Otros que podrán informar

No han declarado ante el Juzgado todos los que pueden aportar el proceso de la suspensión datos interesantísimos.

¿Por qué no se ha llamado á declarar á monén Pedro Martí y Mir, primo del padre Mir?

¿Por qué no se ha llamado á declarar al agustino Manuel F. Miguélez, amigo íntimo del padre Mir, y compenetrado con las ideas de éste en lo concerniente á la abominable Compañía de Jesús?

Sigue la entrevista con Pey Ordeix. — La independencia religiosa del padre Mir.

—Vamos á ver, querido Pey, dejemos aparte el proceso y pasemos al estudio filosófico del padre Mir. ¿Cómo conceptúa usted al padre Mir? ¿Como un ateo? ¿Claro que no! ¿Como un escéptico? ¿Como un anticlerical? ¿Como un extraviado?

—Voy á explicarme. En cuestiones de trascendencia teológica, no quiso el padre Mir formar criterio, porque habría tenido, quizá, que formarlo contrario á los sentimientos católicos. El padre Mir, en historia, era francamente racionalista. Detestaba los abusos de la Iglesia, y en vista de ellos, sentíase avergonzado de vestir los hábitos clericales.

—Y, concretando: ¿le había usted interrogado sobre esto?

—Hay preguntas imposibles de contestar, y que la delicadeza prohíbe hacer. A tal género pertenecen estas que Mir no podía contestar afirmativamente. Sin embargo, yo, por mí mismo, constituía una pregunta para él, y Mir no la contestaba de palabra. Quizás lo hacía sin querer. Pero la interpretación de estas respuestas puede inducir á error.

Al salir de la Compañía, después de haber ésta dado buena cuenta de su dinero, pasó el padre Mir tres años viviendo de limosna.

En casa del conde de la Vinaza estuvo una temporada larga. También vivió unos meses en casa del doctor Vinyals, el cual posee una serie de cartas autógrafas verdaderamente interesantes. Si la plaza de bibliotecario de la Academia, que le daba horror, 800 pesetas anuales, se le hubiese ofrecido algunos años antes, no la habría aceptado el padre Mir, prefiriendo,

indudablemente, vivir en aras de la modestia que seguir adosado al exclusivismo clerical.

Oído esto, me despedí de Pey Ordeix, convencido de que había dicho algo interesante, algo nuevo, algo que lleva al análisis, á la reflexión. al comentario de altura.

El padre Mir pudo ser un gran liberal

Si lo pudo ser. Pero cuando se decidía á serlo, se halló falta de un elemento esencialísimo de combate: la juventud.

Cuando la famosa lucha entre *integristas y pidelistas*, bien pudo el padre Mir, luchando con los primeros, definir su criterio con valentía. No lo hizo por debilidad. Este fué su único pecado. Además, la tremenda acusación del padre Mir contra León XIII debía ir seguida de un nuevo programa ético. ¡Maldita debilidad la de este hombre que con su pluma, eminentemente castellana, habría podido contribuir al abatimiento de esa orden antiespañola y anticristiana, que tantas victimas ha hecho entre los que un día, llevados por el error, fueron hacia ella arrastrados!

El padre Mir pudo ser un gran liberal. Dentro de breves días, el propio Pey Ordeix publicará en Madrid un libro realmente curioso. Tengo magníficas noticias de él. Se titulará el libro *El padre Mir y San Ignacio*, y se pintará en sus páginas de gran dureza filosófica, el concepto crítico que de San Ignacio tenía aquel ilustre escritor, cuya vida fué equivocadamente considerada como rendida por entero á la religión católica y al rito clerical, cuando tan lejana estaba de uno y de otra.

Corolario. Unos frailes amigos del padre Mir

Entre los más íntimos amigos del padre Mir, figuran unos frailes. No puedo precisar cuántos son, pero sí me consta que son muchos.

Pues bien, estos frailes, que habían vivido en constante relación con el padre Mir, que hoy le recuerdan con cariño y casi con adoración, pensaban como él, ó, por el contrario, era el padre Mir el que pensaba como ellos?

Este problema debe resolverlo Rema. En breve. El Papa lo hará cuestión de honor.

Y los que nos regodeamos con esa clase de zambarras religiosas, tendremos ocasión de recrearnos una temporada, salvando, naturalmente, la dignidad de muerto por muchos conceptos acreedor al respeto de la alta crítica y de alta literatura.

ARTURO MORI

El País

¿Se puede vivir?

El periódico *El Libertario*, de Gijón, no ha encontrado una imprenta en la provincia de Oviedo que quiera imprimirlo.

Intentó organizar un mitin en Gijón para explicar esto, avisó á la alcaldía, consignando el objeto del acto, y el alcalde, fundándose en que su aviso era delictivo, suspendió el mitin y pasó el tanto de culpa al Juzgado correspondiente.

El redactor Suárez, que firmó el aviso,

anunció entonces una conferencia en el Centro Obrero de Gijón acerca de «La administración de justicia en España», y el mismo día en que iba á tener efecto aquélla, fué detenido y conducido á la cárcel por orden del Juez de Oriente, ó sea el que tenía á su cargo otros procesos contra el periódico, pidéndole para excarcelarlo fianzas de 3.000 y 5.000 pesetas.

En esta situación, imposibilitados de publicar el periódico en Asturias para defenderse y continuar adelante su obra de propaganda, los redactores han decidido imprimir el periódico en Madrid.

Realmente avergüenza dar noticias como éstas.

No puede llevarse más allá la cobardía de los impresores ni los atropellos del caciquismo.

El P. Mir y San Ignacio

Retrato moral de San Ignacio de Loyola hecho por el P. Miguel Mir dentro y fuera de la Compañía, con nuevas revelaciones históricas, de S. Pey Ordeix.

En prensa y próximo á publicarse.—Precio: Una peseta.

En una de nuestras últimas entrevistas declame el P. M.:

—*Sólo sé dos cosas: Santa Teresa y San Ignacio.*

Y sabía estas dos cosas, una para amarla, otra para odiarla. Santa Teresa era el amor de sus amores; San Ignacio era el odio de sus odios. Los dos constituían su familia espiritual: Teresa era la Diosa, foco de sinceridad, de ternura, de libertad de espíritu, de apasionamiento noble y de belleza moral. Ignacio era el Diablo, centro de tinieblas, de egoísmo, de ficción, de tiranía, de frío mortífero y de depravación moral.

Los últimos veinte años de su vida activa hálos dedicado á este culto: á amar á Teresa y á odiar á Ignacio; y ha consagrado su talento y su trabajo á descubrir y revelar al mundo, la adorabilidad de aquella y la execrabilidad de aquél, para enseñar á las gentes á amarles y odiarles en igual forma. De ahí sus dos libros postreros, que, por desgracia, no están al alcance del pueblo por su precio, ni son inteligibles para las gentes indotas en las materias de que tratan.

Y puesto que el jesuitismo imperante en España parece llevar el intento de hacer de Ignacio una institución inviolable é indiscutible con el fin de extender estos privilegios á los que se llaman hijos suyos, en su empresa de corromper y explotar nuestra raza; de ahí que sea necesario extraer de los libros de Mir los párrafos que vienen á ser como rasgos diseminados del personaje, y ordenarlos y juntarlos y componer con ellos el retrato é imagen que vió Mir y que atrajo aquel odio suyo infinito: y así arreglado, ponerlo al alcance de todas

las fortunas, que ¡ay!, también los pobres tienen un corazón necesitado de grandes amores y de grandes odios.

Así y todo el retrato resultaba incompleto, tanto por lo que se refiere al tipo personal, como por lo que hace á los documentos recientemente descubiertos, de los cuales el P. Mir tuvo noticia después de impresa su obra y sin tiempo para adicionarla.

La muerte ha cortado este propósito suyo, porque de su libro ha estado haciendo ediciones privadas desde el año 1897. Como quiera que los estudios históricos nos traen á diario nuevas sorpresas, á la vuelta de poco tiempo resulta aclarado lo que antes era oscuro, corroborado lo que era simple barrunto, y rectificados muchos errores que se habían establecido en la Historia clásica como verdades universales. Por esto hizo tres ediciones, siendo la última la de 1906. Al avance crítico que verificó esta obra van añadidos los avances históricos hechos en estos años posteriores con las conclusiones de otro libro en don de por extenso se demuestran los anticipos que aquí se hacen.

Como se ve, el retrato de Ignacio por el P. Mir es curioso y respetable por demás. Con su trabajo y con el nuestro, puede afirmarse que la Vida de Ignacio de Loyola deja de ser un misterio tejido de embustes; que la red de invenciones queda rota, y al descubierto quedan, si no todos, muchos miembros de su cuerpo, en toda su realidad, faltando ya poco para que aparezca en todo el desnudo la figura extraña de tan extraño personaje.

Este librito contiene como en esencia y comprimida la mejor sustancia de la obra del P. Mir y su aspecto más interesante al público, que, sin duda se sentirá apasionado por la aparición sorprendente de una figura totalmente nueva en la Historia y de nadie soñada.

La sorpresa que va á llevar el lector será no p queña.

Surge ahora el problema histórico y natural: el otro... es el fabricado por el Jesuitismo y por la Iglesia.

Sentimiento público

Las manifestaciones de la prensa española son, con extraordinaria unanimidad, de intenso pesar por la pérdida de este ilustre compañero Luis Morote, uno de los que mas altos prestigios ganaron para la profesión.

No sólo entonan himnos al periodista, sino al hombre, al amigo, al adversario, al abogado, al pensador, al político, al esposo y al padre.

Tantas fueron sus virtudes y tallas vestidas con el ropaje de la modestia.

¡POBRES CURAS!

He recibido una carta de Mazagatos (Segovia) en la que me dan cuenta de un robo cometido en la casa cural de Becerril, pueblo de aquella comarca.

¡Canastos con los ladrones! Que la han tomado con los curas y con las casas de Dios, y no hay modo de evitarlo.

No basta que en las puertas de la casa coloquen la imagen del Sagrado Corazón, ni que la criada del cura rece todas las noches, al acostarse, el «con Dios me acuesto, con Dios me levanto». Nada: los ladrones entran, sujetan al cura y al ama por si acaso les da alguna mala tentación, y se llevan bonitamente la pobreza de aquellas dos infelices criaturas.

Eso mismo acaba de ocurrirle al cura de Becerril, D. León Ortega y á la señora Juana, su apreciable ama.

Los ladrones se llevaron:

1.500 pesetejas, una manta, ocho pañuelos de seda de colores, y algunas otras prendas, propiedad del ama del cura.

Y del pobre sacerdote sólo se llevaron 6.000 pesetas en billetes, seis monedas de plata de 20 reales, 30 duros en monedas de oro, 11 onzas del mismo meta, 2 títulos de la Deuda pública y una porción de cubiertos de plata.

También se llevaron un hisopo en figura de revolver, que arrebataron de las manos del cura, y con el cual pretendió santiguar á los salteadores, amén de unas sargas de longaniza que no bajarían de unas 20 libras.

Es de creer que el pobre sacerdote guardaba todo aquello para repartirlo cristianamente entre los pobres de la comarca, donde la miseria hace verdaderos estragos.

Y miren ustedes por donde vinieron los ladrones á librarle de semejante trabajo.

A mí no hay quien me quite de la cabeza que en todo esto anda el ojo de la Providencia.

Y ya estoy viendo que un día

se arma la revolución,
y á los pobrecitos curas
no les dejan ni un botón.

Lo cual les vendrá que ni de perillas. Pues si por falta de dinero se muriesen de hambre, en cambio salvarían su alma, que es lo que ellos más aprecian.

¡Aunque no lo demuestran!

(La Barredera, Bilbao.)

Almanaque del carlismo
para los años 1913 á 1999,
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona
DON JUAN LAGUARDA
ILUSTRADO CON 18 GRABADOS
Precio: UNA peseta.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

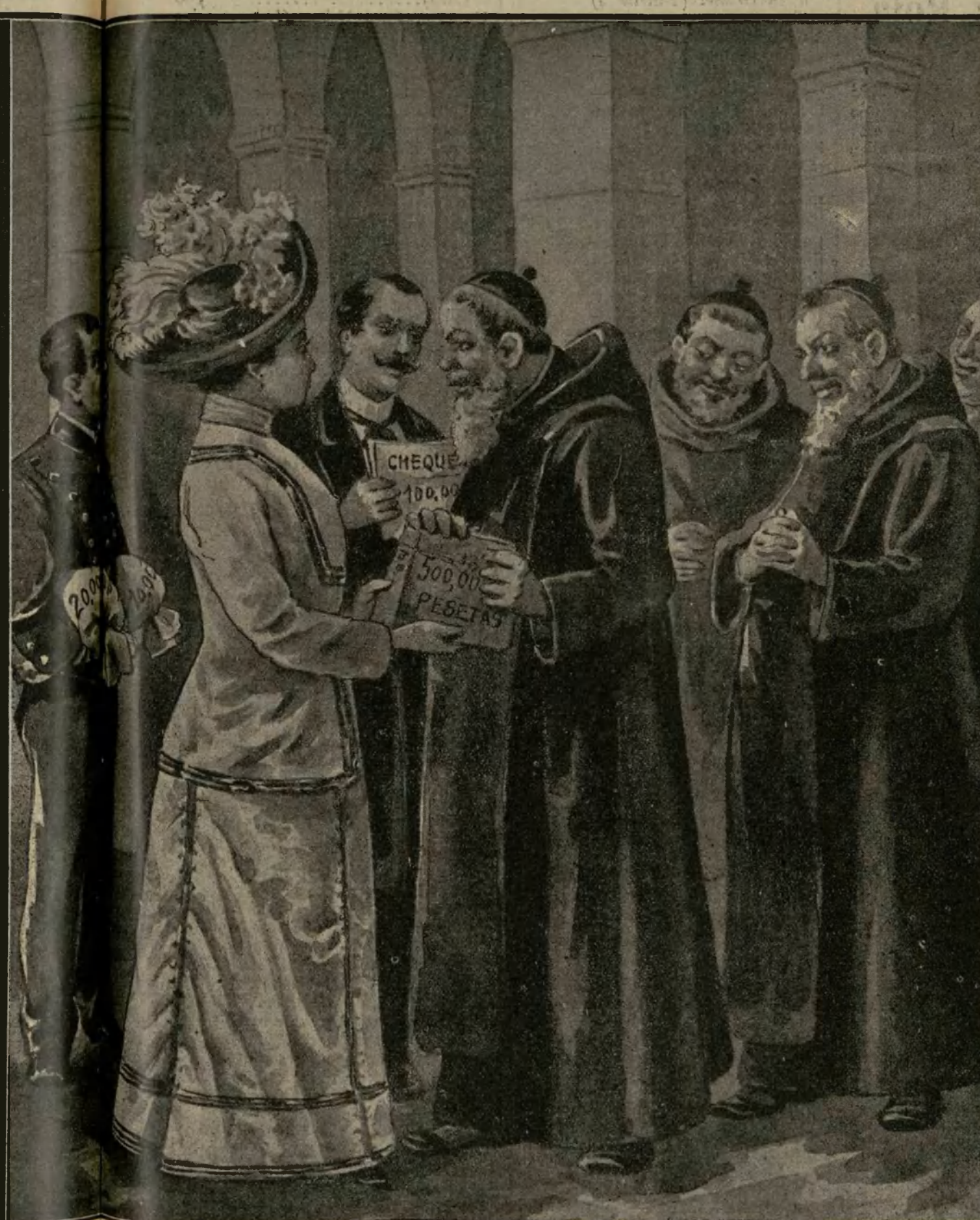
Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada ha ce tiempo.

Precio: UNA PESETA

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Hamonismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

EL MOLIN



Regalos al cura y regalos al fraile.
Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.	
Suma anterior.....	2500'82
Un cacereño.....	3'00
Ramón Muñoz (A. Sánchez)...	0'25
Emilio Torres (Rasueras)...	0'50
Joaquín Borao, 2'00.—Antonio Romá, 1'00.—Faustino Rubio, 1'00.—Miguel Sanz, 0'50.—Carmelo Lasheras, 1'00.—Julian Cuartero, 0'50. José Trallero, 0'50 José Carnicer, 0'50. Cesáreo Pérez, 0'50.—Vicente Langa, 0'50.—Vicente Gay, 0'25.—Elias Ade, 0'50.—Carloa Herrera, 1'00. (Todos de Alagón).....	9'75
Un republicano sincero (Sevilla).....	5'00
Juan Parera, 1'00.—Mariano Alfonso, 1'00.—Pedro Morera, 0'25.—Isidro Ferramón, 1'00. Miguel Salvador, 0'50.—Andrés Barquet, 1'00. (Todos de Martorell).....	4'75
Régino Abril, 1'00.—Francisco González, 1'00.—Manuel Sarría Durán, 1'00.—Cirilo Domínguez, 1'00. Fernando Martínez, 1'00. (Todos de Cala)..	5'00
Carmen Fran (Viuda de Castella).—Juan Vila Prats.—José Vila Prats.—Narciso Vila Prats. Con 5 pesetas. (Todos de Lloret de Mar).....	20'00
Del Centro «Unión Republicana Graciense» (Barcelona), Juan Arró, Asensio Monet, con 5 pesetas.—José Colldeforns, Juan Rovira Palau, con 2.—Raimundo Rufiandis, Bienvenido Vilaseca, Juan Casas, Agustín Berguá, Francisco Font, Baudilio Balart, Juan Batllori, Enrique López, Antonio Solanas, Parera, Antonio Solé, con 3.—Vila, 0'75.—Salvador Gerner, Félix Torán. Joaquín Armisen, Juan Camell, José Gracia Sucin, Francisco Vilanova, José Casals, Francisco Castell Segué, Jaime Font, Magin Prunera, Joaquín A., Armisto, Miguel Molinos, Birraceta, Aluzúete, Casado, con 0'50.—Casinos, 0'45.—Salvador Saló, 0'30.—Antonio Escandell, José Palau, José Marca, Ramón Bondía, José Alcala, Felipe Alimó, Ramón B'art, Rafael Teix, Elvira Teix, A. B., Daniel López, con 0'25.—José Bonet, Javier Guasch, con 0'20.—Mercedes Baquero, 0'15. Ramón Lozano, Pascual Pérez, con 0'10.....	38'00
Suma y sigue.....	2587'07

Suma anterior.....	2587'07
Del Centro Popular del Camp d'en Grassot (Distrito 4) Barcelona.	
Alfredo Borja.—Bartolomé Navarro.—Antonio Almiñana.—Carlos Belmonte.—José Montserrat.—Joaquín Benabent.—F. Sitjes.—Felipe Piedra.—Salvador Ri l.—Francisco Onís.—Manuel Pérez.—Ramón Boquera.—Timoteo B. doy.—Salvador Valero.—R. f. el Pérez.—Luis Casallana.—David D. rchs.—Pedro Rovira.—Isidro Rovira. José Roca.—Antonio Llebers.—Francisco Bonet.—Julian Uria. Francisco Prast. Juan Guillén. Vicente Llopis.—Isidro Tudó. José Tí dó.—A'fredo Vidal.—Jaime Valls.—Juan Vergés.—Angel Alseda.—Joaquín Balat Pons.—Juan Tomás.—José Mas.—Magin Vallés.—Pedro Zamora.—Enrique Segué.—Teodoro Sans.—Antonio Baqué.—Vicente Tormo.—Ginés Llorens.—Fabian Carbonell.—Anselmo.—Pablo Pasans.—Minuto.—Emilio Sogas.—Enrique A miñana.—Fabian Biosca. Fernando Planxart.—Francisco Aecón.—Emilio Vila.—Pedro Estella.—José Roig.—Ramón Mirall.—Manuel Querol.—Petro Quer l.—Juan Sans. Juan Giménez. José Vñals.—Francisco Mortorell. Pedro Mayol.—Juan Lloret.—Pascual Seglor. José Seglor. José Masip. Manuel lca s.—A. Vidal.—José Vallés.—Domingo Prats.—Seratin Galán.—Isidro Fornel.—Manuel Porta.—Jaime Tomás. José Solé.—José Pju.—Sebastián Bertrán.—Pablo Llopis.—Pablo Llopis (hijo).—Tomás Gracia. Emilio Fortea.—Francisco Forgas.—Ricardo Corominas.—Manuel Caroi.—Pedro Vergé. Ramón Correa.—Joaquín Povill.—R. fael Moncholí. Carlos Povill.—Juan Casulleras.—José Enrique.—Salvador Martínez.—Manuel Peyrón.—Eoriqué Facerías.—Pedro Rebés.—Eusebio Cardona.—Joaquín Arcusa.—Ramón Boquera. Francisco Peña'la.—A'fredo Vidal.—W. Sayol.—Pelegrín Rumen.—Ramón Rumen. Francisco López.—José Puvill. Esteban Ferrer.—Patricio Termis.—Mariano Carransa.—Manuel Aroca. Manuel Navarro. Francisco Ubach.—Leonor Calvo.—Antonio Parés.—Julian Paulet.—Carmen Paulet. Luisa Paulet.—M'ria Moga.—R. fael Paulet.—Antonio Oliver.—Joaquín Povill. (Todos á 10 céntimos).....	12'00
Suma y sigue.....	2599'07

Suma anterior.....	2599'07
Antonio Canselo (Santiago de Cuba).....	5'00
Un admirador de Nakens (Id.)	5'00
Juventud Instructiva Obrera Radical (J. de la Frontera).	2'00
José R. Arlan lla (Jativa).....	3'00
Fraternidad R:publicana de Fuliola.....	14'00
Un admirador de Nakens, 1'05. Joaquín Elo. 1'00.—Santiago Aragonés, 1'05.—Manuel Aguilar, 1'05.—Gregorio Machin, 1'05. Faustino Lombarte 0'10. José García 0'10. Antonio Puyo, 0'15.—Un admirador de Nakens, 0'50.—Alejandro Lipardina, 1'00.—J. cinto Comas, 1'05.—Patrio Alvesa, 0'10.—(Todos de la Fresneda)....	8'20
L. V ga (Habana).....	5'00
José Moréil, 5'00.—Bernardo Belver, 5'00.—J. B., 1'00.—Pepita Gner, 1'00.—José Casanova, 1'00.—R. Córdova, 1'00.—(Todos de Alcira)....	14'00
E. Igl asias, 5'00.—E. Francos, 2'00.—F. Lóp z. 1'00.—N. Fernandez, 1'00.—A. Calvo, 1'50. A M reda, 1'00.—E. García, 1'00 R. Pantic, 1'00.—J. Suárez, 1'00.—E. Diaz. 0'15.—M. Veiga, 2'00.—C. M'chido, 1'00.—R. Veiga, 1'00.—J. Acebo, 2'00.—J. Rocha, 1'00.—S. Núñez, 1'00.—P. Fuentes, 0'50.—J. Iglesias, 2'00.—S. Villamil, 1'00.—A. Pérez, 1'00. A. Alvarez, 1'00.—J. Montavaro, 1'00. J Fernández, 1'00. J. Lamelo, 0'50.—J. Alvarez, 2'50.—C. Menéndez, 2'50.—A. Rodríguez, 2'00.—José Gómez, 1'00.—José R. Pérez, 2'00.—Victor G nzález, 0'50.—José Rey, 1'00.—José Martín z. 1'00.—J. Iglesias, 1'00 J. Lourido, 2'50.—F. Corrada, 1'50. J. Fernandez 2'00. C. Sánchez. 1'00.—Un asturiano, 2'00.—G. Lamelo, 2'00.—C. Peña, 1'00.—J. Pazos, 1'00. A. Carreras, 1'00.—A. Rego, 1'00.—A. Corrada. 1'00. (To de la Habana).....	60'15
Progreso Tejero (Zaragoza)..	0'70
Juan José Salette (idem).....	0'30
Balbino Elorza, por varios radicales de Vitoria.....	5'00
Manuel Belmonte (Lora del Río).....	0'50
H. C., 1'00.—Ricardo Tarín, 2'00.—Pascual D'bon, 1'00.—Vicente Debón, 1'00.—Felipe Tarín Ruiz, 1'00.—José Lavarías, 1'00.—Rafael Lavarías, 1'00.—Julio Lavarías, 1'00.—Flora Lavarías, 1'00. (Todos de Cheste).....	10'00
José Navarro (A gües Mortes Francia).....	0'25
Suma y sigue.....	2732'17

“Flores de penitencia,”

Tiene Gómez Carrillo, en su figura literaria, semejanza cabal con esas multicolores mariposas que revolotean por los jardines y se detienen en cada planta, en cada flor, para extraer de ellas sabrosísimo jugo y enjordecirlas con el áureo polvillo que desprenden sus alas.

De actualidad en actualidad va la pluma del cronista maravilloso, y de todas comunica á sus lectores artística impresión y á todas las embellece con la magia señorial de su estilo.

Pero en este revoloteo coquetón, en este ir y venir rápido por asuntos que conmueven al público durante las horas de un día ó los días de una semana, Gómez Carrillo hace pausas gloriosas. Entonces es su pluma garra, el aguijón se torna pico, y las alitas juegan tonas de mariposas, en alas aguijadas que baten firme y suben alto.

En una de estas pausas ha escrito el autor de «Jerusalén y la Tierra Santa» su libro «Flores de penitencia.»

¿Ben hacen los intérpretes de la católica doctrina en excomulgar este libro y en tributarle los honores del «Índice».

«Flores de penitencia» es, con el desfile que realizan por sus páginas los elegidos del Señor, la más acerba, la más justa y agria condenación de un credo que por la conquista de imaginarios paraísos contraría las leyes naturales y atenta á todos los fines y deberes que están llamados á cumplir encima de la tierra los hombres.

¡Ah, los elegidos del Señor, los santos varones que desfilan por el libro de Gómez Carrillo!... ¡Qué inútiles para el progreso de la Humanidad, para el bien y perfeccionamiento de la especie, esos penitentes de Nitria de la Tebaida, de Judea y de Capadocia!... ¡Qué insensata legión componen los reñegados del trabajo, de la belleza, de la fecundidad!... A su frente marchan Antonio, Teodoro, Pakomio, Shenudi, Josef, Sabas... Rezando van, maldiciendo la vida, proclamando el triunfo de la muerte, tendiendo al cielo epilépticos brazos, que ni se ciñen á la hermandad para que la tierra dé frutos, ni á la mujer para que su vientre para hijos.

Sucios, harapientos, entregados á la pereza mística, despreciando el trato de los hombres para dialogar con los ángeles pasaban sus días aquellos solitarios. Confían su alimento á la devoción de sus prójimos, su vestido á los caprichos del guñapo y vivían en perpetua pegaría imponiéndose todo género de mortificaciones, no por bien de sus semejantes; por igualarse al Creador, por ser dioses de carne y hueso, que desde las aristas de un risco ó desde el fondo de un barranco miraban con desprecio á la Humanidad.

Aislados vivían en sus grutas, en sus cabañas, en sus celdas. Llamaban tentación demoníaca á las imágenes lascivas evocadas por su virilidad ayuna y á los monstruos que la fiebre esculpía en sus desnudos cerebros. Visiones celestiales eran las modeladas por su orgullo en el misterio de la noche. De la bóveda azul bajaban por escalas de estrellas ángeles, serafines...; á veces Dios mismo en persona, al objeto único de saludar á los penitentes reñosos y charlar con ellos mano á mano. ¿Puede darse mayor soberbia? No llegara á tanto Luzbel.

Pues de estos hombres, dominados por el más alto delirio de grandezas, el que supone igualarse á Dios; de estos seres

inútiles y ociosos, de estos patrañeros y de estos visionarios, ha hecho la Iglesia católica sus criaturas de elección. Ellos realizaron, según esa Iglesia, mejor que otro alguno el programa que traen los hombres á la vida. ¡Pobre Humanidad, si las doctrinas y las prácticas de los ascetas lleguen á imponerse! Entonces sería valle de lágrimas el mundo; valle estéril, donde no brotarían una flor ni una idea. Gracias que en la doctrina de los solitarios y solitarias entraba el odio al avuntamiento sexual, y la Humanidad se hubiera extinguido en justa pena á su estultez.

Estos locos y estos farsantes (de todo hubo entre los solitarios) pasan por las «Flores de penitencia» sobre párrafos de unción irónica, de admiración sarcástica, que les hacen más repulsivos, más odiosos que les haría un juicio severo y una franca repulsa.

Tras leer á Gómez Carrillo; tras contemplar el desfile de los santos varones por la tierra inculta, en el misterio de las noches asiáticas; tras verlos en sus grutas, en sus cabañas, en sus celdas, entregados á penitencias absurdas á coloquios vanidosos con la Divinidad, á predicaciones imbéciles cuando á los hombres se dirigen, no contra ellos, que al fin y al cabo resultan inquilinos prófugos del manicomio ó de la cárcel, contra la iglesia que patrocinó y santificó su locura ó su farsantismo, se alzan las conciencias en absoluta rebeldía.

«Cristo vino á la tierra—dice Gómez Carrillo—no para redención de los hombres, que no la necesitan, para redimir al Dios bárbaro, sanguinario é injusto que llena de horrores todo el Antiguo Testamento.»

Si á eso vino Cristo á la tierra, misión nobilísima trajo, aunque ella quedara sin cumplir, porque es el Dios del Sinaí, y no el Dios del Calvario, quien preside las acciones de la Iglesia Católica.

El hombre... El hombre, para su redención, no necesita de Mesías; se redimirá por sí propio. Ya lo hace, preparando con luchas y esfuerzos continuos un mejor porvenir, un reinado de justicia y amor, por cuya obra el bien y la feicidad no estarán en el cielo de los solitarios, sino en la tierra de las criaturas humanas.

JOAQUÍN DICENTA

Es evidente que Dios, la Virgen, las santas y los santos, mediante un milagro, han hecho surgir fuentes de agua pura unas veces, medicina otras.

¿No les ha costado igual trabajo haber hecho surgir fuentes de vino ó de cualquier licor exquisito, con lo cual habría aumentado el número de fieles y de peregrinos?

Sociología cristiana

¿Encontrará mal el arte ilustre y no mal nutrido, ni mal trajeado, ni mal calzado profesor de «nuestro» Seminario conciliar, D. Severino Aznar, las siguientes proposiciones?

1.º Que cuando los obreros se declaran en huelga es porque no se encuentran bien.

2.º Que cuando á una mina, explotación ó industria se le da el nombre de un santo ó santa, ello indica el acendrado

fervor religioso del patrono, burgués dueño, empresario ó amo.

3.º Que en los mandamientos de la ley de Dios consta lo de ama al prójimo como á ti mismo.

4.º Que la última de las virtudes teológicas es la Caridad. (Por cierto que deberla ser la primera, porque la *c* está antes de la *f* y de la *e*).

5.º Que los ricos son los administradores de los pobres.

6.º Que los Sumos Pontífices promulgan, ó expiden, ó «largan»—ó como se diga—las encíclicas para que se cumpla y se atienda lo que en ellas se dice... en latín.

Ya de acuerdo en estos puntos esenciales, un somero estudio de las huelgas españolas nos dice:

a) Que el fervor religioso de algunos amos, empresarios, dueños, burgueses ó patronos, se reduce á bautizar su industria ó explotación con el nombre de una santa, ó de un santo ó de cosa equivalente.

b) Que con los mandamientos de la ley de Dios ocurre lo que con las leyes sociales: que no se cumplen.

c) Que como la caridad es la última virtud teológica, la fe y la esperanza, que van antes, no la dejan puesto en el corazón de muchos fieles católicos.

d) Que eso de que los ricos son los administradores de los pobres es «un decir» y nada más.

e) Que en lo relativo al cumplimiento de encíclicas favorables al pobre, véase el apartado a).

Y allá va la demostración:

HUELGAS EN EXPLOTACIONES PUESTAS BAJO LA ADVOCACION DE SANTO, ETC.

San Amaro.—Obreros de una cantera, una huelga.

San Antonio.—Mineros, una.

San Francisco.—Panaderos, una.

San Isidoro.—Mineros, una.

San Lázaro.—Fabricación de cerillas, una.

San Salvador.—Mineros, tres huelgas.

San Vicente.—Mineros, dos.

La Concepción.—Metalúrgicos, mineros y panaderos, cinco.

N. S. de los Remedios.—Alfareros, una.

N. S. de Lourdes.—Mineros, una.

Santa Rosa.—Mineros, una.

Santa Isabel.—Mineros, dos.

La Caridad.—Mineros, una.

HUELGAS EN INSTITUCIONES RELIGIOSAS

Catedral de Barcelona.—Canteros, una huelga.

Catedral de Madrid.—Canteros, una.

Catedral de Vitoria.—Canteros, dos.

Iglesia parroquial de Gondomar.—Albañiles, una.

Iglesia de N. S. de los Angeles, de Madrid.—Albañiles, una.

Iglesia de la calle de Lagasca, de Madrid.—Albañiles, una.

Iglesia ó lo que sea, de la Divina Pastora, de Madrid.—Albañiles, una.

Seminario de Madrid.—Albañiles, una.

Convento de las Comendadoras, de Madrid.—Vidrieros, una.

Convento de las Cuarenta Fanegas, de Madrid.—Albañiles, una.

Convento de la calle Lope de Vega, de Madrid.—Albañiles, una.

Universidad Católica, de Madrid.—Albañiles, una.

Asilo de Hermanitas ó Hermanas de los Pobres, de Madrid.—Albañiles, una.

Idem, de Vigo.—Idem, una.

Residencia, ó convento ó lo que sea de las Hijas de la Caridad, de Madrid.—Albañiles, dos.

PERIÓDICOS CATÓLICOS

El Universo, de Madrid.—Dos.

La Integridad, de Tuy.—Una.

El Pensamiento Navarro, de Pamplona.—Una.

La Verdad, de Lugo.—Una.

El Principado, de Gijón.—Una.

De estas 44 huelgas hay que destacar tres, á saber:

Una de *El Universo*, en que se pedía el cumplimiento del descanso dominical, ley del reino y mandamiento de la ley de Dios.

Otra del convento de la calle de Lope de Vega, en que los pintores exigieron que el andamiaje tuviese algunas condiciones de seguridad.

Y una de la iglesia de la calle de Lagasca, donde después de morir un obrero y resultar heridos otros dos, para que los andamios tuviesen algunas garantías de seguridad hubo que apelar á la huelga.

Nota final ó ampliación.—Hace años los albañiles de Tanager pidieron la jornada de ocho horas que concedieron desde luego los descreídos franceses y los heréticos ingleses y tudescos; para que la otorgaran los señores frailes franciscanos en las obras de su convento—que pagaba el Estado español—fué precisa la huelga.

Otra nota.—Sabemos de huelgas—muchas—ocurridas en establecimientos y empresas católicas, como la fábrica de Mieres, las minas de Aller, la Trasmisiva, pero como se nos pararían bastantes por alto, quedarían omitidas.

Y ahora que ate esas moscas por el rabo el infamante señor D. Severino Aznar, sociólogo, católico de profesión, vocal suplente del Instituto de Reformas Sociales y exdescreído ó cosa parecida, y así le lucía el pelo.

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

Coincidencias

Nadie dudará de que el Conde de Aranda, si no fué un ímpio, le anduvo cerca.

Nadie dudará de que el señor marqués de Comillas es lo que se dice un católico de los buenos que hay.

Por acuerdo vituperable de nuestro Ayuntamiento, hay en Madrid un barrio denominado «del Conde de Aranda.»

Por acuerdo plausible de nuestro Ayuntamiento, hay en Madrid otro barrio denominado «del Marqués de Comillas.»

El primero pone el mirgo en eso de morir en él pocas personas, 15 por 1.000 al año.

El segundo se lleva la palma en eso de morir en él mucha gente, el 37, 75 por 1.000.

Al primero sólo le supera uno en lo corto de la mortalidad.

Al segundo no le iguala ning lo excesivo de la mortalidad... uno en

¿En qué estará pensando la divina Providencia?

La fe y la financia

Don Jacinto Casaldueiro era un rico potentado que vegetaba en una ciudad bastante populosa de la Rioja. Relativamente joven, pues apenas si contaba cincuenta años de edad, huyó del mundanal ruido de la corte para acabar sus días en el pueblo donde mecieron su cuna honrados labradores.

Don Jacinto, muy dado á la aritmética desde pequeñuelo, apenas se sintió púber, con la venia de sus padres, trasladóse á Madrid en busca de fortuna. La suerte le fué propicia, y á los treinta años, arraigada ya su posición social, rico y con un caudal de cultura nada vulgar, abriéronse todas las puertas. Su nombre, por llenarlo todo, invadió el corazón de Jesusa, hermosa hija de un prócer, antiguo legitimista, tan pobre de majue os como rico de fanatismos. De tal palo tal astilla: Jesusa, devota hasta la superstición irritable contra toda novedad religiosa, asidua asistente á las once cofradías de que formaba parte, era el acabado modelo de la femenina devoción puramente periférica, aparatosa, tan en moda en estos como en aquellos días. D. Jacinto Casaldueiro, sin causar molestias á Jesusa, atesoraba en su corazón sentimientos de tolerancia y en su espíritu doctrinas totalmente disconformes con la ortodoxia romana de su esposa y de las relaciones sociales que ésta aportó al matrimonio. Esto no obstante, D. Jacinto, más atento á a paz del hogar que al imperativo categórico de su conciencia, dejaba hacer, y pocas veces y aun muy discretamente, se insinuaba rebelde contra el mercantilismo religioso. Muy dado á la lectura de Boccaccio y de Voltaire, sus agudezas y socarrinerías joviales le dichas, las refan todos, hasta los que sentían en sus carnes el estilete de la demoledora crítica.—¡Cosas de D. Jacinto!—decían á coro y celebraban el ingenio del ocurrente riojano.

De aquel matrimonio, espiritualmente divorciado, advino al banquete de la vida Irene, que al rigozo de su madre fué creciendo en correspondencia cabal con los prejuicios religiosos de aquélla. Activa siempre, y únicamente para el esplendor de la fe, sus nombres encabezaban en todo caso las públicas manifestaciones del ardor religioso y las protestas femeninas contra las tolerancias del mundo nuevo.

Un día aguda dolencia pone en peligro la vida de D. Jacinto. La solicitud de la religión debía sustituir á los recursos de la ciencia, en duda ante la gravedad de D. Jacinto, que casi agónico conservaba íntegra la lucidez de su juicio. Jesusa é Irene, con las salviedades y falacias generales en estos

trances, indicaron al paciente la necesidad, por si acaso, de recibir los auxilios de la religión.

—No estoy para eso aún, dijo D. Jacinto. Insistieron en su empeño y nada lograron.

Don Jacinto se vió entonces asediado por el cura párroco, el presidente de la vela nocturna, un paul y un influyente miembro, ducho catequista de la V. O. tercera de San Francisco. D. Jacinto persistía en su negativa. Aún no estaba para eso y rogaba que lo dejaran en paz.

Mas al fin las súplicas y llantos de la madre y de la hija redujeron á D. Jacinto.

—Voy á complacerlos. Pero como estas cosas deben hacerse del todo bien, sin engaños ni reservas, he de confesar ante el tribunal de la penitencia que el palacio que habitamos como propietarios lo adquirí apelando á la estafa, el castillo y avellanar que poseemos en Cataluña lo hice más mintiendo á la justicia, el latifundio extremo es nuestro porque falsifiqué un documento; todo, todo cuanto tenemos dimana del robo. Y para que la confesión sea eficaz ya sabéis que hay que restituir. Ahora llamad al notario y luego que entre el confesarse.

Desde aquel momento nadie penetró en la alcoba del paciente. Es inútil todo empeño, decían al cura párroco y á la selecta representación clerical la católica esposa y la devota hija del agónico.

Agudo y convencido, D. Jacinto Casaldueiro se valió de tal embuste para que lo dejaran morir en paz.

El Clamor

Castellón.

EL JESUITA.—S pa usted que está hablando con un miembro de la Compañía de Jesús.

—¿De qué compañía? ¿De la cuna ó de la cruz?

—¿Qué quiere usted decir? Explíquese.

—En la cuna, Jesús tenía de compañeros á un burro y un buey; en la cruz estaba entre dos ladrones.

¡Más catecismo!

De un bien escrito y razonado artículo que con ese título publica *La Democracia* de León, y que no transcribo entero por su mucha extensión, copio lo siguiente:

«En España fué posible, sin que se hundiera el firmamento ni tembran las esferas:

- 1.º La expulsión de los jesuitas.
- 2.º La desamortización de los bienes eclesiásticos.
- 3.º La excomunión, prohibiendo los frailes en España.
- 4.º La libertad de cultos en 1869.

Y hoy entre jesuitas, mano muerta eclesiástica, frailes de todas clases, con res y categorías, religión católica oficial y liberales en el Poder, no es posible humildemente declarar voluntaria la enseñanza del Catecismo católico y liberar al maestro que no sea católico de la obligación de enseñar á los alumnos una religión en que no crea!

¡Oh qué magnífica Civilización!

Y vamos á justificar el encabezado de este artículo.

Yo me permito disentir de todos los liberales españoles.

Y declaro que todos ellos tocan el violón en honor del Catecismo y del clericalismo.

Yo pido:

1.º Que el Catecismo se declare más obligatorio todavía, sin excepción de ninguna clase.

2.º Que se haga efectivo el artículo 11 de la ley de 1857 y que los párrocos vayan á las escuelas públicas á dar los repases de doctrina que se les encomiendan, con muy buen acuerdo, por la ley. Mucho, mucho Catecismo *ad pedem litera* y con los correspondientes mojicones educativos, ya que la letra con sangre entra, según la buena tradición ortodoxo pedagógica.

3.º Religión obligatoria en el Instituto y en la Universidad, enseñada por curas católicos, porque los profesores civiles pueden explicar á los alumnos los mandamientos de la ley de Dios como los trae la Biblia católica, pongo por caso, que ni son todos los que están, ni están todos los que son, en el Catecismo. Y así un profesor civil, con arreglo á la Biblia católica [¡hl, del P. Scio, enseñaría unos mandamientos distintos de los del Catecismo, sin explicarse cómo puede ser posible que la palabra de Dios en las *Tablas de la Ley* haya sido alterada en los Catecismos, suprimiendo el segundo mandamiento, convirtiendo el «no cometerás adulterio» en el tan conocido sexto «no etc», que no es precisamente lo mismo que Dios ordenó, y partiendo el décimo mandamiento en dos para que, suprimiendo el segundo, resulten los diez aunque diga el octavo: «no mentir», que no lo decía.

Estas cosas religiosas deben explicarlas solamente los clérigos, porque son muy delicadas, ya que son misteriosas, y expuestas á que el elemento civil las lastime por ejemplo, en el Misterio de la Trinidad, el de la Encarnación, la Transubstanciación, milagros, etc., etc. Por eso pido que se enseñen y expliquen los curas y se reve á los maestros de esta obligación.

Y se imponga cada día más el Catecismo y la Historia Sagrada en todos los establecimientos.

Y no se haga maldito caso de las reclamaciones de los liberales, que no saben lo que se pescan ni lo que sacan los alumnos en limpio de la enseñanza religiosa, tan útil para hacer aborrecibles la religión y el clero.

Más, mucha más religión y Catecismo en las escuelas.

Yo me entiendo, señores anticatólicos.

Que no habéis sido vosotros señores, liberales, ni de las escuelas laicas han salido quienes expulsaron á los jesuitas, vendieron los bienes de la Iglesia, exclaustraron á los frailes, votaron la Constitución del 69 y saquearon á Roma, haciendo al Papa prisionero.

Mr. Combes salió de una escuela católica con mucho Catecismo y de un Seminario con mucha Teología y tres pares de Cánones.

Ergo... tengo razón.

UN CATEQUIZADO

—Gindri, el renombrado estafador que vestía hábito sacerdotal para realizar mejor sus hazañas, ha denunciado al Tribunal que el sacerdote Ugarzi despojó á una Virgen de muchos objetos que se le habían consagrado como *ex votos*, entre

ellos un reloj de oro que le regaló al propio Gindri.

Dos canónigos italianos comentaban sus hazañas, y no se explicaban que, para realizarlas, se disfrazase siempre de sacerdote. Uno de ellos se hacía esta reflexión:

—¿Por qué diantres se vestirla así?

A lo cual contestó el otro ingenuamente:

—Porque el nuestro es el traje más apropiado para engañar á las gentes, puesto que todos se fían de nosotros.

La lamina de hoy

Contrastes

REGALOS AL CURA

—Tenga usted, señor cura. Aquí le traigo esta torta que acabo de hacer exclusivamente para usted, y esta vela para el bendito San Ramón. ¡Ah! ¡Si me hiciera usted el favor de guardarme el cabo!... ¡Como ya me falta poco tiempo!... ¡Siempre es bueno estar prevenida y tener en casa esas cosas! A mí nunca me cogen tales casos sin un cabito de San Ramón.

—Bien hecho, hija. Dispensa que no te atienda por más tiempo, porque tengo que hacer. Gracias por el obsequio de la torta, y el santo te recompensará el donativo que le haces.

—Que no se olvide el cabo, señor cura.

—No, hija, no. Anda con Dios.

¡Qué tiempos!—exclama el pobre párroco apenas la feligresa ha traspuesto el umbral de la puerta.—¡Lo que va de ayer á hoy! ¡Si me parece un sueño aquella época en que las devotas formaban cola en el zaguán de casa para entregarme sus regalos! ¡Aquellos eran tiempos, y aquellas eran devotas!

Esta, además de un macizo cirio para el Santísimo, me traía un par de robustas y alborotadoras gallinas; aquélla un canasto de fresquísimos huevos; las demás, las primeras cerezas, las primeras manzanas, en fin, los primeros frutos de cada especie que recolectaban.

¡Y durante la matanza! ¡Santo cielo! ¡Si no sabía dónde colgar tanto pernil como me regalaban! Y siempre aquellos obsequios acompañados de las consabidas frases:

—Señor cura, tenga usted un duro para una misa por mi madre y otra por mi padre.—Allá van dos pesetas; no puedo más, porque mi marido se lo gasta todo en la taberna. Diga usted una misa á ver si Dios le quita el vicio y le trae á buen camino.

Y una para que Dios protegiese al hijo que tenía en América, otra para que librarse al suyo de quintas, todas, cual más, cual menos, aportaban sus donativos en metálico ó en especie.

Mas ¡ay! casi todas han desertado de la parroquia desde que se estableció ahí cerca ese convento de capuchinos. Sólo de cuando en cuando aparece por aquí al-

guna oveja descarriada de mi redil á encargarme una misa que por lo barata quieren decir *esos*; tal cual otra con alguna velita de á dos onzas, ó de á cuarterón á lo sumo, y alguna, como la mujer del guarda agujas del ferrocarril, que me trae para las ánimas un aceite que ni á ella le serviría para la ensalada ni á su marido para untar los hierros del aparato.

Y esto no me ocurre á mí solo. No hablo con un compañero de estos alreñedores que no respire por la misma herida. ¡Todo es para los frailes! ¡Todo es para los fra!

REGALOS AL FRAILE

¡Ved cómo Dios protege á sus siervos!

Esta seráfica comunidad de capuchinos no tenía hace dos años convento ni aun casa propia donde guarecerse; mas aguzando, no el ingenio, sino el instinto postulante, diéronse sus miembros á pedir de puerta en puerta y á engatusar párrocos que les permitieran poner en sus iglesias cepillos con el clásico rotulejo: «Aquí se depositan las limosnas para la construcción del convento de P.P. capuchinos»; á marear á todos los periódicos integristas, carlistas, mestizos y conservadores para que abriesen suscripciones á favor de su obra, y el convento se hizo, y no sólo se hizo, sino que se puso de moda entre las devotas elegantes.

Hoy, novena que allí se celebra, lleno seguro: interminables hileras de coches se ven siempre estacionados alrededor del convento, y, lo que es más productivo para la comunidad, es un bendito santo de la orden, casi desconocido fuera de las crónicas franciscanas, incomparable en curar enfermos y hasta en salvar moribundos.

El dibujo representa á una devotísima y opulenta familia que, viendo á su jefe en peligro de muerte, ofreció una cuantiosa suma al susodicho santo si el enfermo se salvaba. Se salvó, en efecto, y, aun cuando el santo y el médico de cabecera podrían contender sobre quién hizo el milagro, la familia se lo adjudicó al primero; y he ahí á los humildes hijos de San Francisco, á quienes está prohibido adquirir bienes, recibiendo con santo júbilo esos cuantos miles de duros.

¿He dicho con júbilo? Si; con la alegría que les produce retirar de la circulación mundana ese dinero que tanto mal podía causar puesto en manos pecadoras.

Así es que siempre están deseando y buscando ocasiones de evitar á la humanidad semejantes peligros.

Así lo debe entender un frailecito de la casa, quien, no sé si por santa obediencia ó por instinto propio, no cesa de sablaccar en gordo á las ricas que frecuentan el templo y el trato de la comunidad. De cualquier palabra ó frase toma pretexto para pedir algo.

—Tiene muy buenas luces el templo—le dice con el mayor candor alguna visitante.

—Sí, pero esas vidrieras sencillas desentonan del estilo gótico de la iglesia. Aquí estarían muy bien unas de esas po-

micromas ojivales, que hoy tanto se usan. Por dos mil pesetas nos las harían en Bélgica ó Alemania; pero estamos tan pobres...

—¡Veremos, padre!—le contesta su interlocutora.—Mi marido interviene ahora en varias testamentarias, y se procurará hacer algo en beneficio de esta santa casa.

Si otra le habla de lo bonito que es el pavimento y lo bien combinados que están los mosaicos, exclama con voz afiligranada y pedigrifeña:

—¡Lástima que se acerque el invierno y haya que cubrir el piso! Lo peor es que no tenemos, no ya para comprar alfombra, ni siquiera para esterar la iglesia modestamente.

La devota ofrece dar lo que pueda para tan santo fin y recolectar lo restante entre sus amigas.

¡Cuál será la sierva de Dios que se libre de las exigencias del bendito padre! A una le saca dinero para una imaginaria compostura de canalones, á otra para recomponer una avería de la noria. ¡Dichoso frailecito! Se despierta pidiendo el desayuno, se pasa el día pidiendo á las devotas, y se acuesta pidiendo á Dios la salvación de su alma, por no perder un sólo instante la costumbre de pedir.

Giglioli, maestro religioso en San Maurizio, cerca de Florencia, corrompió y abusó de muchos de sus alumnos en la clase y en la iglesia.

La justicia lo ha condenado á diez meses de cárcel y 300 liras de multa.

INDUCTORES Y APOLOGISTAS DEL ATENTADO PERSONAL

(De mi libro *El atentado personal y los jesuitas*.)

Puesto que cada vez que hay un atentado los fariseos del catolicismo rasgan sus vestiduras, y gritan con todas sus fuerzas «que sólo los hombres *sin Cristo* realizan estos crímenes», reproducimos á continuación uno de los numerosos atentados *intervenidos* por los jesuitas que se citan en el libro arriba mencionado y cuya autenticidad histórica es indiscutible, pues consta de documentos oficiales:

«Pedro Panne, natural de Ipré, en Flandes, tnelero de oficio ha declarado que estando encargado de hacer la provisión de manteca para el colegio de los jesuitas de la villa de Donay, vino un día un criado de los dichos jesuitas, primo suyo, llamado Mechor Vandel Walle, á Ipré, quince días antes de la Cuaresma, para avisarle que enviara la manteca al colegio, y no hallándole esperó dos días, durante los cuales sostuvo algunas conversaciones con su mujer María Buvetz, muy adicta á los jesuitas en las que se habló de la muerte de Mgr. Mauricio, conde de Nassau, todo lo cual supo él á su regreso, habiendo sido la primera que le habló de ello su mujer, rogándole se encargara de ejecutar este acto, y lo mismo le dijo su primo, quejándose el declarante de las apuros, y de que no podía pagar sus deudas; pero su primo le dijo que todo se podía arreglar si él se decidía á ir á Holanda, y mataba á dicho Señor príncipe, y quedándose perplejo el declarante sin saber qué resolución adoptar, su mujer le exhortó y

animó, la cual le dijo que no debía dudar un instante el matar á un tal x ravidador de las almas, añadiendo que si él fuera hombre, ella lo mataría. Y quedándose todavía irresoluto el declarante, el dicho Vandel Walle le dijo que se viniera con él á Donay y hablaría con los Padres, entendiendo por esta palabra los principales jesuitas del colegio de Donay. Que estuvo en aquella ciudad toda la semana de Rogación, y durante ella habló cuatro veces con el P. Rector y el P. Provincial, comiendo y bebiendo con ellos, y cobrando su provisión de manteca; y que estando un día conversando con los dichos jesuitas, el P. Rector le habló del asesinato que le había propuesto Vandel Walle en Ipré, ó sea, de matar al Señor Príncipe, y que le dijo que puesto que su oficio era de tnelero, podía fácilmente ir á Holanda, y trabajar allí cinco ó seis meses en su oficio, fuera en Delft, Leyda ó en la Haya, y allí podía estallar los medios más adecuados para ejecutar su empresa, ya fuera con un cuchillo bien afilado, una pistola, ó otra arma que podía comprar y ocultar en su bolsillo, esperando la ocasión más propicia, ya fuese en la Corte de dicho Príncipe, ó en las calles ó en otro sitio que él juzgase más conveniente para ejecutar dicho asesinato, y á fin de que estuviera bien dispuesto, y darle valor el P. Provincial, le hizo una exhortación ó sermón, que duró media hora, declarándole que esto sería una obra piadosa y meritosa, y un gran sacrificio delante del Dios, digno del Paraíso, matar á un tal hombre, por cuya culpa se perdían tantos miles de almas. Y después que hubiera realizado esto, que avisase el mejor mejor que tuviera para escapar, y si aconteciera que fuera detenido, ó fuera muerto que estuviera seguro de ir en seguida al cielo en cuerpo y alma. Con tales palabras y razones y vióse tan lleno de deudas, sin pensar en ningún peligro, ni en su mujer ni en sus hijos, el declarante aceptó tal asesinato, siguiendo la proposición que le hicieron los Padres, con promesa de que cuando hubiera realizado su empresa, le darían la suma de doscientas libras, pagaderas en cincuenta libras al año, por manos del tesoro de la villa de Ipré, siendo tomada dicha suma sobre una renta anual de cien libras que los dichos jesuitas cobraban á la villa de Ipré por la pensión de los jóvenes de dicha villa que ellos tenían en su colegio, y á quienes enseñaban la lengua latina; y que, según la recompensa, le sería dado el oficio de mensajero de dicha villa, valua en cien libras al año. Y que aunque el dicho oficio no dependía de los jesuitas, que ellos le cribaban al magistrado de dicha villa, y que se lo daría; y por tercera recomendación que su nieto Juan Panne, prisionero, se le provisto de una canonía en Tournay. Y habiendo aceptado todas estas promesas el declarante, al día siguiente se confesó con el dicho P. Provincial, el cual le dió la absolución y el Sacramento, diciéndole la misa, volviendo á instar y á confirmar en sus propósitos, y que diese buena cima á su empresa, diciéndole: «Id en paz, porque vais como un ángel á la guardia de Dios», y que recibió de los Padres para sus gastos de viaje y fines, una letra de cambio de doce libras, en neta de Flandes, contra un tal Francisco Tibaut Marchant, que residía en Auvers, en el mercado de Cloyes, cerca del convento de los dominicos; y que habiendo llegado allí, recibió las doce libras, y envió once á su mujer, escribiéndole que se dirigiera á Holanda para el asunto que ya sabía, y del cual ya había hablado varias veces con ella, rogándole que pidiese á Dios por él. Que en tal ocasión, y sin ningún raspo se metió en un navío y llegó á Zelanda, y se alió á Leyda, el sábado 23 de Mayo último, en cuyo sitio halló á dos jesuitas disfrazados de Lanquens, (soldados del país) los cuales sin cesar le exhortaban á realizar su plan, y le daban valor; y que yendo él por la ciudad se entretenía con unos y con otros y preguntaba cómo era el Príncipe Mauricio, de qué corpulencia, y qué barba llevaba, preguntándole varios

por qué preguntaba estas cosas, y él respondía que con el fin de conocerle, pues habiendo oído hablar mucho de sus hechos heroicos deseaba verle. Que viendo su manera de obrar despertó tal desconfianza, que fué advertida la magistratura de la villa la cual le prendió; y encontrándole papeles relacionados con este asesinato, le puso en seguida en prisión, y sin gran esmero confesó todo, pero no se hallaron los dos jesuitas; también declaró haber arrojado un cuchillo cuando fué preso, cuya hoja estaba con cuatro filos y cortada á trechos; que habiendo sido interrogado durante diez días, y siempre confesado lo mismo, pidiendo perdón y misericordia de rodillas, por haber sido inducido por su ignorancia á este delito, y que él prestaría un servicio señalado al país entregando á algún jesuita, etc., etcétera. Considerando que tales asesinatos y deliberaciones mortíferas deben ser castigadas por justicia rigurosa, que sirva de ejemplo á los otros, á fin que de aquí en adelante ninguna persona se deje inducir por esta secta sanguinaria y mortífera de los jesuitas, la cual (como es notorio á todo el mundo) no busca otra cosa ni practica, por medio de traiciones, y otras invenciones diabólicas, que exterminar á los reyes, príncipes y señores que Dios ha mandado honrar, no otros magistrados de Leyda, habiendo oído y bien entendido la disposición del citado prisionero las informaciones hechas en este caso, y todas las piezas y papeles hallados sobre dicho prisionero; visto y oído el parecer de los Señores Consejeros de los Estados de Holanda y Frisia occidental, habiendo considerado muy bien y maduramente deliberado etc., etc., condenamos al dicho Pedro Panne á ser conducido á la plaza pública llamada *Spraaatoren*, allí donde se tiene costumbre de hacer justicia y castigar á los delinquentes, y por el oficial de la Alta Justicia sea decapitado, y su cabeza puesta en el boulevard, delante de la Puerta Blanca, y el cuerpo hecho en tropezos en las cuatro puertas de la villa, las entrañas enterradas y todos sus bienes confiscados al orovecho del Condado de Holanda. Así fué hecho y juzgado por los Mra. Simón Fauft, etc., (signen once firmas más) magistrados de dicha villa, el 22 de Junio de 1598.

Leída la tal sentencia en la Vieschare al dicho prisionero Pedro Panne, éste se arrojó delante de los señores magistrados, agradeciéndoles la gracia que se le haría, y en seguida fué ejecutada dicha sentencia, en presencia de los dichos señores magistrados, de todo el Común, y de mi Jan Van Hout, Greffier.

(Actas del proceso y sentencia contra Pedro Panne, según la relación impresa en Leyda el 22 de Junio de 1598, que fué divulgada profusamente por toda Holanda.)

FRAY GERUNDIO

Consulta

No es suficiente ser anticlerical, es necesario hacer anticlericales y poder hacerlos.

Yo tengo un hijo de doce años de edad.

Hasta la fecha lo he educado é instruido cual su edad requiere, y se halla en situación de empezar un ciclo de instrucción más amplia que la primaria, para ser un hombre útil á la sociedad, y yo en el deber de ponerle en condiciones de instruirse.

Pido noticias de Centros instructivos donde poder internarle, y recibo Reglamentos, cartas ó indicaciones en gran cantidad, pero todas, sin excepción, tienen por base la enseñanza religiosa, ó la práctica de actos católicos.

Yo sé que por mis convicciones debo mantener distanciado á mi hijo de la nefasta influencia clerical, pero también sé que como padre tengo el deber de procurar hacer del niño un hombre. ¿Qué hacer en este caso?

¿Hay algún establecimiento educativo donde pueda internar al niño sin que se vea precisado á practicar actos que desconoce y me repugnan?

Si alguno de los lectores de EL MOTIN tiene noticias de un Colegio que admita internos en el cual se puedan adquirir los conocimientos de la segunda enseñanza oficial, libres del prejuicio clerical, me hará un favor participándomelo.

Si no hay en España ningún Colegio de esa clase, sirva esta necesidad mía, así como la que experimentarán muchos otros padres anticlericales, de acicate á la Liga Anticlerical Española para pensar en la creación de una Escuela, Colegio ó Academia que pueda encargarse de educar nuestros hijos y de ir formando los continuadores de nuestras ideas.

GONZALO GARCIA

Pasajes, Abril 1918.

Violador y asesino

Dicen de Roma á *Le Matin* que el cura párroco de una aldea cercana á Cofalu atrajo con engaños á una joven á una casa desierta, donde abusó de ella, y que, temeroso de que le denunciara, la asesinó y la despedazó, metiendo los trozos de carne en un saco.

Otro crimen que apuntar á la cuenta de la Iglesia que instituyó el celibato eclesiástico.

Y otra prueba más de que el recibir á Dios diariamente no modifica los sentimientos ni calma las pasiones del hombre.

Las bocas que por la mañana se abren para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, por la tarde besan lúbricamente.

Y las manos que benicen y elevan la hostia, á las pocas horas ayudan á violar una joven, y derraman su sangre y despedazan su cuerpo.

Paparruchas cómico-trágicas

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Si no creyera en la nobleza con que usted expone sus ideas, equivocadas, pero al fin defendidas con una austeridad que le honra, no me permitiría la libertad de remitirle el adjunto recorte de periódico, para que llegue á su conocimiento el ejemplar castigo que por blasfemo ha ocurrido á un vecino de Albujón (Murcia).

Abdicar de ciertos errores es de personas sabias y buenas; sabias por reconocerlos y buenas por influir con su ejemplo en los espíritus absorbidos por una poca ciencia mal entendida, que engendra un positivismo caprichoso y sin sentido moral.

A usted que le cabe el orgullo de ser el volteriano más tenaz, á usted le ha de

corresponder la gloria de hacer una conversión tan franca como equivocada resulta la obra que desde hace medio siglo sostiene.

Hago fervientes votos porque cuanto antes renuncie á sus campañas contra la Iglesia, propulsora de todas las ideas morales, que son las que nos harán gozar de una mejor vida en ultratumba, y quedo suyo s. s. q. s. m. b.

PEDRO CORRALES

Valdepeñas 80 Abril 1918.

POR BLASFEMO

Ejemplar castigo del Cielo

Dicen de Muroia que en el pueblo de Albujón, un labrador vió su cosecha perdida por la inoportunidad del tiempo.

No se le ocurrió otro género de lamentaciones que salir al campo desordenadamente, empuñando un revólver y lanzando horribles blasfemias contra Dios y su Santa Madre.

El infeliz no se contentó con ofender al Cielo tan inadecuadamente, sino que dirigió el arma á las alturas y disparó un tiro á la vez que pronunciaba un asqueroso y último juramento.

Repentinamente, el desdichado se sintió enfermo, quedó con los brazos en alto, la vista mirando al Cielo, perdió el uso de la palabra y la boca con raída trágicamente.

Han sido inútiles los auxilios que intentaron prestársele para que recobre su actividad normal.

Son testigos del tremendo ejemplar castigo los médicos y vecinos todos de Albujón.

No conozco el autor de esa carta, y por lo tanto, no me atrevo á afirmar si está escrita en serio ó en broma. Tiene cierto tufillo irónico que me induce á sospechar lo segundo, aparte de que ningún católico verdadero, esto es, cerril, emplea nunca ese lenguaje tan mesurado, y mucho menos dirigiéndose á un anticlerical como yo.

Pero, en fin, me ha é la ilusión de que está escrita en serio, y que el autor de ella se interesa verdaderamente por mi salvación eterna, que no alcanzaré, ¡yo se lo juro!, si para lograrla he de cantar la palinodia. Aun dándomela de momio, me echaría mis cuentas antes de aceptarla.

Y vamos ahora con lo del castigo que ha sufrido ese blasfemo de Albujón.

No negaré el relato ¡Dios me libre! Cuando esos señores lo dicen, es porque indudablemente les consta su certeza. ¡Si se tratara de otro pueblo!... ¿Pero de Albujón, lugar de 311 habitantes, todos ilustradísimos, aunque la mayoría no sepa leer? ¡Nunca!

Y admitido el relato, voy a exponer la extrañeza que me causa algún detalle.

¿Cómo, si se fué al campo para desahogarse á solas contra Dios y su madre, pudieron enterarse los vecinos y los médicos de que había blasfemado y disparado su revólver á las alturas el labrador? Y si se quedó mudo en el acto, ¿cómo pudo referir lo que había hecho?

Otra cosa que no me explico tampoco es cómo de monios, constanding positivamente que hay tantos blasfemos en España, ha ido Dios á descargar el peso de su ira sobre un infeliz perturbado (el ti-

ro de revólver prueba que lo estaba), en vez de hacerlo sobre otro blasfemo de más campanillas, yo, por ejemplo, para que el castigo hubiera tenido más resonancia y resultado más ejemplar.

Verdad es que no es la vez primera que ocurre esto, según los clericales. Allá en Abril de 1905, por los días que ocurrió en Madrid el hundimiento del tercer depósito, relató *El Correo Español* un caso igual, ocurrido no recuerdo dónde. El labrador quedó ciego, y manco de la mano con que disparó al espacio, y el periódico carlista afirmó muy en serio que fué castigo de Dios.

Lo cual prueba...

Que son unos embusteros y unos far-santes los que inventan tales paparruchas...

Y que si no fuera por la intención que llevan quienes las escriben, sería muy higiénico leerlas y comentarlas, para reírse un poco.

¡Estamos tan tristes y aburridos!...

No corre prisa

A pesar de la circular que el fiscal del Supremo dirigió á sus subordinados, los fiscales de las Audiencias, para que por cuantos medios tengan á su alcance procuren, en cumplimiento del espíritu y la letra de la ley de Enjuiciamiento criminal, la pronta terminación de los sumarios, el instruido en Huesca con motivo de haberse hallado, gracias á un gato, la cabeza de un niño en la calle de D.^a Petronila, lleva ya cerca de año y medio en tramitación, estando en la cárcel once procesados desde hace doce meses.

Se llevó con relativa actividad el proceso hasta que se logró poner en libertad á Mosen Prisco; pero una vez conseguido, parece como que no corre prisa terminarlo.

Verdad es que ninguno de los procesados es cura, ni tiene un tío obispo.

Crueldades y horrores de la intransigencia clerical

Prometimos ayer consagrar unas líneas al hecho vergonzoso, verdaderamente salvaje, registrado hace días en Lugo, y vamos á hacerlo.

Nada de preámbulos, nada de juicios propios, nada de comentarios que podrían, en todo caso, parecer apasionados. Basta la relación de lo ocurrido para que nuestros lectores se hagan cargo de toda la enormidad, de toda la aborrecible crueldad que el hecho encierra.

Vivía en Lugo, reducido á la miseria y triste condición del que de todos necesita para ir haciendo frente á las horribles imposiciones del vivir, un joven escultor llamado D. Jesús Noya, persona estimadísima de todos por su afabilidad y su honradez, en la vieja ciudad del Sacramento.

Escultor y residenciado, por su mala fortuna, en aquella mística población, qué otro trabajo había él de hacer que no fuese el de componer y remendar las prehistóricas imágenes de la Iglesia vaticana?

Pero acaso por eso mismo, por la forzosa consiguiente relación en que se hallaba con las gentes de sacristía adentro, el joven Naya sentía hacia ésta una profunda repulsión, que aumentada de grado en grado, llevóle al límite del fanatismo rojo, tan perjudicial y condenable en ocasiones, como aquel otro que lo origina y lo mantiene.

Nada aterrizzaba tanto al joven escultor como la idea de que al llegar la hora de su muerte fuera á caer su cuerpo en las garras de aquella hipócrita clériga la cuyas maldades le eran tan en lo íntimo conocidas; y á ex remoto tal se apoderó de su espíritu ese temor, que desde el punto y hora en que la enfermedad que había de llevarle al sepulcro se apoderó de su organismo, no hubo para él más pensamiento, más obsesión ni otro propósito que el de procurar que sus restos fueran á descansar en sitio retirado, completamente aparte de aquí, en que la Iglesia inoportuna y molesta, con su acción interesada, á los limpios de conciencia que buscan el eterno reposo en las calladas reconditeces de la tumba.

Un día, al sentirse seriamente enfermo, el joven Naya, y sospechando que el elemento clerical, cuyas mañas conocía, había de procurar apoderarse de sus restos para imprimirles el sello de la Iglesia, á la que él aborrecía, tuvo un rasgo de heroicidad, no sabemos si hermosa ó si ridícula, y decidió buscar en el suicidio la garantía segura y cierta de aquella proscripción que tan vehementemente deseaba. Es un caso psicológico verdaderamente extraño y digno de estudio.

Poseído de una fiebre intensísima, levantóse del lecho y fué á adquirir un arma que sirviese á la ejecución de sus propósitos.

Pero su desventura era más fuerte y más intensa que su misma voluntad, y el revolver con que quiso suicidarse no respondió á su firme decisión, según después se ha demostrado. Le faltaron los dos tiros con que intentó adelantar el final de su existencia.

Lo que Naya temía tanto, no tardó en suceder. El jesuita, el eterno mortificador del moribundo, apareció un día á la cabecera del enfermo, tratando de persuadirle primero, de forzarle después á una profesión de fe católica que el joven descreído estaba muy lejos sentir y desear.

Visto ese asedio, y comprendiendo cual había de ser el final que el mismo tuviese, el joven Naya, cada vez más obsesionado en su fanatismo rojo, y careciendo ya de aquel arma homicida que un amigo, más torpe que bueno, le había arrebatado de debajo de la almohada, decidióse á escribir una carta dirigida al juez de instrucción de Lugo y concebid en los siguientes términos:

«Amigos míos: Me despido de todos, pues estoy de un día para otro.

Ya conocéis mis ideas. Soy ateo y os suplico que impidais, como última voluntad mía, el que toquen por mí campana ni me entierren en Campo Santo, ni vengan curas detrás de mi cadáver. ¡Bastante tiempo tuve que ser hipócrita, es decir, hipócrita no: pero tuve que callar y ocultar los nobles pensamientos del Progreso, de la Libertad y de la Fraternidad, ante las ruinas de opresión, de esclavitud y oscurantismo!»

Como se ve, la carta esa no es un modelo de dicción ni acredita la superioridad cerebral del infortunado Naya; pero a través de sus frases más ó menos correctas, adviértese claramente que el pobre moribundo tenía una fe ciega, absoluta, en sus honrados descreimientos religiosos, y que su obsesión, su afán todo, en aquellos horribles momentos que preceden al morir, era de que sus restos se enterrasen civilmente.

No fué así, sin embargo. Saltando por encima de aquella voluntad indomable, ciertamente heroica, privó la voluntad del jesuita P. Macia, y para evitar la vergüenza que, según éste, suponía el que en la piadosa y católica Lugo se efectuase un entierro civil, no tan sólo se dispuso que el cadáver del desventurado Naya fuese depositado, como en efecto lo ha sido, en el cementerio católico, sino que, apelando á recursos de

violencia inusitados, se hizo desaparecer la carta aquella que el Naya dejó escrita, y se quemaron por la mano del jesuita inducto la mayor parte de los libros que formaban la biblioteca del finado y que éste había dispuesto p. aran á poder de la Federación Obrera lucense.

Diosenos que hay testigos que acreditan ó pueden acreditar que la carta en que Naya reafirmaba su ateísmo, llegó á manos del señor juez de instrucción, y si esto fuera así, habría que averiguar qué clase de funciones jesuíticas practica aquel funcionario público, al amparo de las atronaciones de justicia que su cargo le confiere.

Nosotros suponemos que la Federación Obrera de Lugo, á quien el asunto afecta de un modo bien directo, no dejará de hacer cuanto esté de su parte para esclarecer lo sucedido, y á sus resoluciones confiamos la continuación de estas notas que hoy consignamos como simple noticia informativa, vergonzosa y triste, acerca de la cual ya hará el lector los obligados, consiguientes y justos comentarios.

Tierra Gallega

Cosas de antaño (1)

El soberano monarca, rey de los reyes supremo, que el orbe formó de un soplo, lo mantendrá con el mismo. En Francia hay frailes muy pocos, en España hay un mar de ellos, y allí los triunfos son más habiendo quien rece menos. Cuando se perdió Larache y otra plazas se perdieron, fué por los pocos soldados y hubo frailes con exceso: conque hallarás, gran señor, claro en aqueste argumento, que ó los soldados faltaron, ó los frailes se durmieron. Los que entran en religión, que te hacen gran falta es cierto, si buenos para las armas, si malos para los buenos; pues á tus reinos importa más cuando Ceuta está ardiendo, quien cuarenta moros mate que quien rece un Padrenuestro ¿Hay otros más encerrados que los cartujos? no, cierto; ¡y con voto de pobreza nos prestan dinero á censol. Pues ¿qué más claro han de ver que, aun los que están más austeros, vendieron la libertad compran nuestro cautiverio? Pobres y ricos, es daño el haber muchos conventos; si ricos, viven mandando, si pobres, mueren pidiendo; y si de un labrador pobre quieres tomar el consejo, para minorar los males haz que los frailes sean buenos;

.....
procurando mantener para defender tus reinos, más penachos que capillas; más que escapularios, petos.

(1) Versos dirigidos á Felipe V.

Un nuevo Angel de la Guarda

Dirigíase el criado del cura de Narahio á que pusieran herraduras al caballo de su amo, y como en el camino se encontrara con unos gitanos que á todo trance querían cambiarle la cabalgadura, hubo de volverse á todo trote con ella sin herrar.

Llegó á casa asustado, contó al sotana lo ocurrido, y al día siguiente se tomó el cura la molestia de ir en persona á que le herraran el jaco.

Refirió el lance mientras se lo herraban, y como uno de los mozos le preguntase: «¿Y qué haría el señor cura si los gitanos repitieran hoy la suerte?», el ministro del Señor contestó, echando mano á la cintura y mostrando un magnífico revólver:

«Traigo siempre el Angel de la Guarda conmigo, y no es cosa de asustarse viajando con tan excelente compañero.»

Así que, ahora, por aquella comarca, al revolver se le llama *Angel de la Guarda*.

Y lo mismo debía llamársele en todas las de España.

Habría que modificar las oraciones que la Iglesia ha dedicado al Angel de la Guarda primitivo, ó proveerlo de una browning, para que curas y frailes sigan encomendándose á él, pues, por lo visto, no confían mucho en su celestial intervención.

Bibliografía

La Hija de Moctezuma, por H. Rider Haggard.

El eminente novelista inglés, Rider Haggard, ha sabido vencer las extraordinarias dificultades que se le debieron presentar para llevar á cabo su magna reconstitución de una época histórica, destacándose vigorosamente la figura del altivo castellano y la de la poética hija del último emperador de Méjico, vencido por Hernán Cortés.

Cuando esta novela vió la luz en su idioma primitivo, fueron muchas las ediciones que se sucedieron, y seguramente ahora, traducida esmeradamente por el distinguido escritor don Carlos Gutiérrez Cavada, se hará igualmente popular entre los lectores de habla castellana.

Esta lujosa edición forma un elegante tomo en 4.º de 400 páginas, impreso en excelente papel y adornado con artísticas láminas de Pujol Hermann.

La Casa Editorial Maucci, ha enriquecido su extenso catálogo con esta joya literaria.

Precio de la obra: 3 pesetas en rústica y 5 encuadernada.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 81